

766 766

#

964

Biblioteca
 184
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

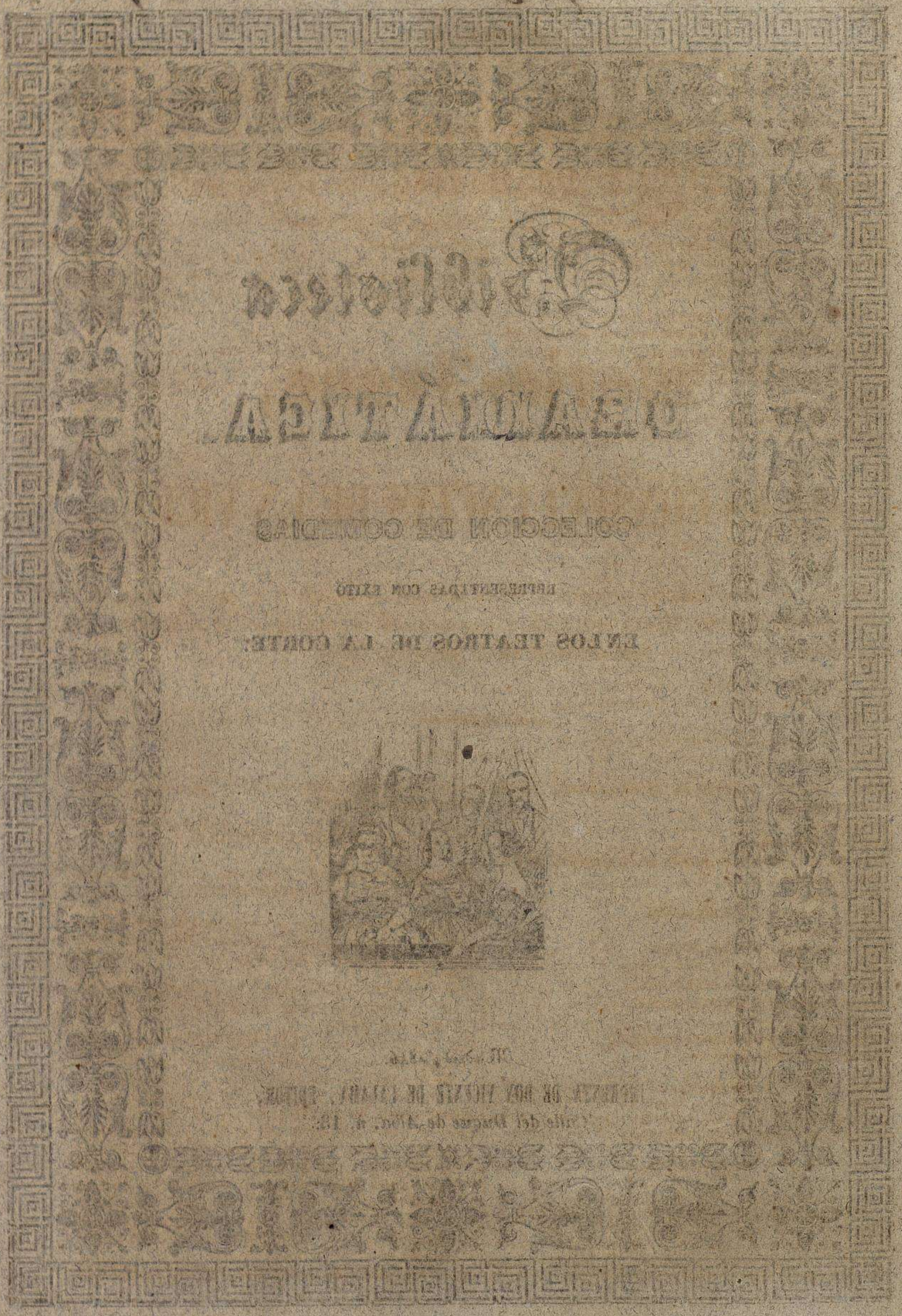


Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
 Calle del Duque de Alba, n. 13.

100

#



1850



COMEDIAS

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE



IMPRESION DE DON JUAN DE LA CRUZ
CALLE DEL MARCO DE S. JUAN N. 18



Maria Juana,

O LAS CONSECUENCIAS DE UN VICIO.

Drama en cinco cuadros precedidos de un prólogo, arreglado á la escena española por D. MANUEL MARIA DEL CAMPO, representado con aplauso en el teatro de Variedades el 14 de febrero de 1846.

ROQUE BELTRAN, marido de Maria Juana, oficial de carpintero.

JUAN PEREZ.

APPIANI, italiano.

EDUARDO DE SANDOBAL, primo de la condesa de Casa-Blanca.

UN MEDICO.

DOMINGO, criado de la Condesa.

MARIA JUANA.

SOFIA, condesa de Casa-Blanca.

CATALINA, abuela de Maria Juana.

MARGARITA, amiga de esta última.

CARLOTA, doncella de la condesa.

LOPEZ y

ESCALADA, aprendices de carpintero.

Convidados y criados.

(El prólogo pasa en San Juan de Alfarache, pueblo á media legua de Sevilla en la fonda del tio Paraiso. Los cuadros 1.º, 2.º, 3.º y 4.º en dicha capital; y el 5.º en una casa de campo de las cercanías.)

PROLOGO.

(El teatro representa una calle de San Juan de Alfarache. A la izquierda una casa con balcon, que tiene en la parte baja una taberna, y sobre la puerta la muestra que dice: «Paraiso, Fondista.» Al lado una tapia corrida hasta el fondo, y una gran berja que se estien-

de por el frente del teatro cerrando un jardin. A la derecha arboleda y casas.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, CATALINA, ESCALADA, LOPEZ y oficiales de carpintero.

(Al levantarse el telon se ven á la izquierda á Margarita y á Catalina, Lopez, Escalada y algunos convidados. A la puerta de la casa habrá una mesa con bancos y botellas.)

LOP. Conque, Catalina, hoy es la boda de la nieta?... Y eso que creia usted que se moriria sin tener ese gusto...

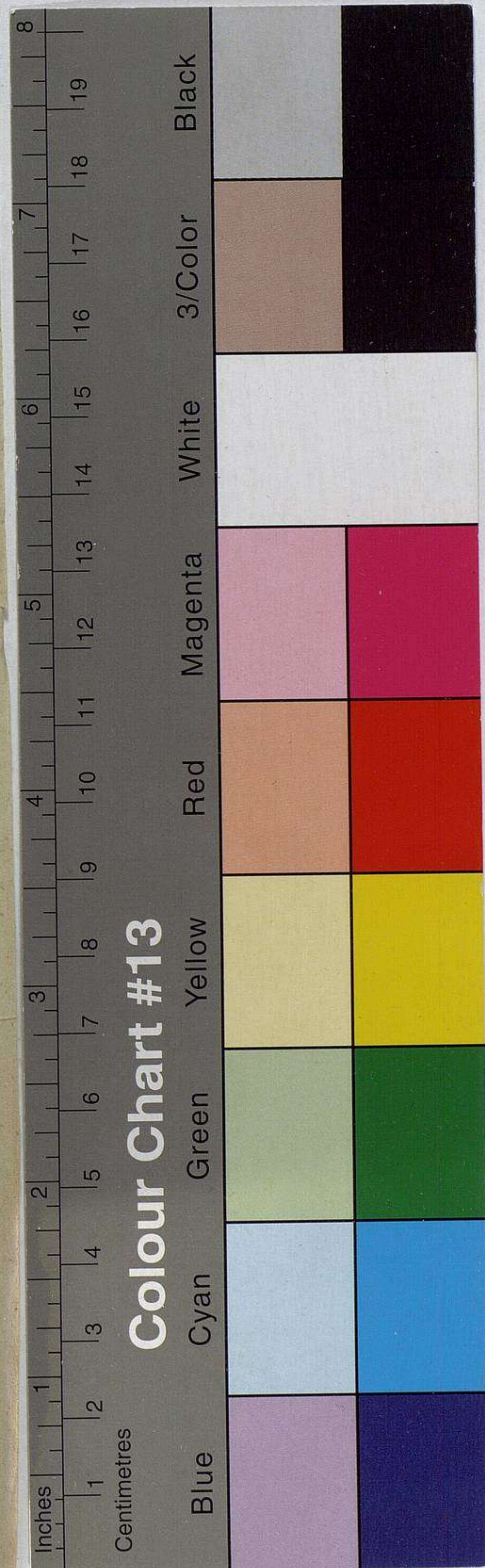
CAT. Va era tiempo, hijo mio: tengo ochenta y ocho años, y no habia mucho que perder; hubiera sentido tanto morir sin dejar dichosa á mi pobre Maria Juana!... Es tan buena!...

LOP. Lo que es en eso tiene usted razon.

CAT. Y qué cuidados ha tenido siempre conmigo!... Solo por complacerme ha querido que se haga aqui la boda... «mi abuelita tiene demasiada edad para ir á Sevilla,» ha dicho y mejor será que la celebremos en San Juan...

LOP. Ahí tiene usted una muger que yo pondria por modelo á mis hijas... futuras, se entiende.

MAR. Es muchacha que sabe trabajar como nin-



guna.

CAT. Y tan económica!

MAR. No puede decirse lo mismo de su marido.

CAT. Ba! ba! mi hija tiene bastante talento para saber con quién se ha casado. Y lo que me decia siempre... qué prisa tengo yo de casarme? Su nieto de usted ha de ser hombre de juicio.

MAR. Ojalá lo sea Beltran! Pero tiene los cascós á la gineta...

CAT. Ella le enseñará á tener juicio.

LOP. Quiere usted que la diga la verdad, Catalina? Pues mas cuenta la hubiera tenido casarse conmigo.

ESCENA II.

Los mismos, ROQUE, BELTRAN, y JUAN PEREZ.

BEL. Y PER. (*y varias personas dentro á la derecha de la escena.*) Viva la broma! viva!

LOP. (*que se ha adelantado hácia donde se oyen los gritos.*) Qué es eso? ah! El novio!...

TODOS. El novio! (*Beltran y Perez llegan cargados de comestibles, seguidos de otros convidados.*)

BEL. Si, el novio! el rey de la fiesta... ó como si dijéramos, Roque Beltran I.

PER. Y su escudero, Juan Perez II...

BEL. (*á Catalina.*) Buenos dias, abuela.

CAT. Y la gente de la boda?

PER. Ahí viene apretada en el carruaje.

BEL. Perez y yo hemos preferido venir á pie... asi se respira un aire mas libre.

PER. Si, si: y tambien por el nombre del Coche... el ciervo... le dió miedo á Beltran... (*todos se echan á reir.*)

CAT. Vamos! por qué no soltais eso? (*señalando á los canastos.*)

BEL. Si, entraremos en casa del tio. Paraiso... acércate, Lopez.

LOP. (*acercándose á él.*) Presente, primo.

BEL. (*dándole todo lo que trae.*) Vé tomando... jamon cocido, jamon para con tomates, jamon para con huebos... yo soy muy aficionado al jamon! (*Lopez entra en la fonda.*)

PER. (*llamándole tambien.*) Eh! Lleve usted todo esto... (*á Beltran.*) Con que tienes primitos?... y te casas teniendo primitos... ya te lo dirán de misas... (*á Lopez.*) Tome usted, joven: carne asada... salchichon...

LOP. Hombre, salchichon? de cuando acá?...

PER. Pues se entiende! y qué es excelente; allá vá pidiendo vino.

LOP. Pues señor, esto va bien (*vase.*)

PER. Ea pues!... manos á la obra, y á preparar la fiesta,

BEL. Si, para no tener mas que romper el baile cuando lleguen los de la boda.

MAR. Nosotras vamos á poner la mesa.

CAT. Si, vamos, hasta luego, Roque.

BEL. Hasta luego, mamá-abuela.

CAT. No es verdad que mi nieta vá á ser muy feliz con el marido que logra?

BEL. Pierda usted cuidado... aqui está quien responde de eso.

PER. Si, feliz, y tan feliz como será la pobrecilla. (*todos entran en la fonda, escepto Perez y Beltran.*)

ESCENA III.

PEREZ y BELTRAN.

PER. Ea! ya estás incorporado... ya estás en la plenitud de los derechos matrimoniales... ya...

BEL. Empiezas con tus burlas?

PER. Yo! Dios me libre!... buslarme de un amigo! y de un amigo casado! Quiá! no soy capaz de eso. Yo, la verdad, quiero á todas las mugeres... pero me espanta la palabra matrimonio. Estoy seguro que no se hubiera casado mi padre si yo me hubiera hallado en su boda!

BEL. Calla!... y es lástima, porque de ese modo habria un picaro menos en el mundo... pero lo que soy yo... ya es otra cosa: estoy enamorado de María Juana hasta las uñas...

PER. (*riéndose.*) Ja! ja! ja!

BEL. Si señor, la quiero, y tanto como la quiero!... Además, es un buen partido... tan arreglada... tan económica... en fin, con todas las virtudes que...

PER. Que tú no has tenido en tu vida.

BEL. Exactamente.

PER. Ya sé yo que tu futura contaba con dos mil realillos de ahorros... y aunque esta es una circunstancia atenuante, de cualquier modo fué una idea diabólica... y que no pudistes concebir sino en ayunas.

BEL. En ayunas! y por qué?

PER. Porque en ayunas estás hecho un animal...

BEL. Gracias.

PER. Cuando bebes, eres otro... entonces me pareces grande, magnánimo... entonces te reconozco; nada, chico, entre las botellas eres todo un hombre; pero luego... buenas noches, no hay que contar contigo.

BEL. Y por qué razon? Puede uno estar casado, y no por eso... entiendes? (*en este momento Lopez se asoma al balcon con un baso de vino en la mano mojando un bizcocho.*)

PER. Qué tú eres ya hombre al agua.

BEL. Pero es menester aborrecer á los amigos para tener cariño á la muger? Por qué no he de ser el mismo que hasta aquí?

PER. Pues si estás firme en esos principios, te absuelvo del pecado que has cometido hoy. Dame esos cinco, (*dándole la mano.*) y conserva en la memoria estas palabras de un gran filósofo: «Dios crió al hombre para que se distrajera, y á la muger para que le sirviese de distraccion.»

BEL. Y quién era ese gran filósofo. (*riéndose.*)

PER. (*quitándose el sombrero.*) Ese gran filósofo soy yo. (*se oye dentro ruido confuso de algunas voces.*)

LOP. (*desde el balcon.*) La gente de la boda! Ahí viene la novia!!!...

BEL. Mi muger! Basta de bromas, vamos á recibirla. (*sale al encuentro de María Juana.*)

ESCENA IV.

Los mismos, MARIA JUANA y gente de la boda, CATALINA, MARGARITA, LOPEZ y los convidados salen de la fonda.

TODOS. Viva la novia!!!

MARIA. Gracias, amigos. (*viendo á Catalina.*) Querida abuelita... déjeme usted que la abrace con toda mi alma! Estará usted contenta porque su María Juana es ya dichosa?

CAT. Sí, muy contenta, hija mia; no ves como lloro? (*llorando.*)

MARIA. VAMOS, vamos, aunque esas lágrimas son de alegría, hoy no deben derramarse ningunas.

CAT. Me acuerdo, hija mia, de un dia semejante, hace veinte y siete años...

MARIA. Del casamiento de mi pobre madre!... Es verdad que no fué dichosa!... Pero yo no tengo motivos para dejar de serlo. (*tomando á Beltran de la mano.*) Es buen muchacho... me quiere mucho! ylla querrá á usted tambien; no es verdad, Roque?

BEL. Basta tu palabra.

MARIA. Pues olvidemos lo pasado: (*recobrando un aire alegre al ver las personas que han salido de la fonda.*) Con que nos esperaban ustedes?... Pero calla, qué ruido es éste? (*mirando al fondo.*)

BEL. (*mirando á la derecha.*) Cáspita, que de carruages!... Un coche, una carretela...

MARIA. Y qué vestidos tan lindos... Pues si es otra boda!

TODOS. (*mirando.*) Otra boda!...

CAT. (*que se ha quedado delante á la izquierda.*) Si la de la Señorita Sofia, condesa de Casa-Blanca.

MARIA. (*volviendo hácia donde está Catalina.*) De la señorita Sofia!

CAT. Se casa con el señor de Sandobál... hum! un millonario...

BEL. Hácia aquí vienen...

PER. Si vendrán á bailar en casa del tío Paraiso?...

CAT. (*señalando á la verja.*) No; entran en la casa de campo del padre de la novia.

LOP. (*señalándola.*) Esta será la novia.

TODOS. (*en voz baja.*) La novia! (*se colocan á la izquierda y saludan á los de la boda que se dirigen á la verja del parque.*)

MARIA. (*á Catalina.*) Y se ha casado en la misma parroquia que nosotros... Precisamente cuando yo salia entraba ella en la Iglesia.

ESCENA V.

Los mismos, SOFIA y la gente de la boda.

SOF. (*deteniéndose.*) Una fiesta! (*á su marido.*) Espera. (*atravesá el escenario y se acerca á María.*) Me parece que la conozco á usted: que nos hemos visto hoy otra vez.

MARIA. (*confusa.*) Es cierto.

SOF. El mismo sacerdote nos ha casado...

MARIA. Eso le decia ahora mismo á mi abuelita.

SOF. (*pensativa.*) El mismo dia!... Casi á la misma hora!.. Es cosa singular... (*alto.*) Espere usted un momento, y volveré aquí... Quisiera hablar con usted...

MARIA. Conmigo? Lo tendré á mucho honor.

SOF. Al momento vuelvo. (*vuelve á unirse á su marido, mirando siempre á María Juana. Los convidados á la boda de esta, saludan á los otros que entran en el jardin.*)

ESCENA VI.

Los mismos, menos SOFIA y los de su boda.

BEL. (*adelantándose hácia la escena.*) Vaya un encuentro raro!

MARIA. La condesa de Casa-Blanca... Y dice usted abuelita que se casa con...

CAT. Con el señor don Fernando Sandobál... Un jóven que acaba de heredar... mas de doscientos mil duros segun dicen.

PER. Anda con la trampa... A ese precio comprendo que pueda uno casarse!... aunque sea dos veces.

MAR. Sí, debe ser muy dichosa.

MARIA. Pues yo conozco uno, á quien ha de causar tristeza ese matrimonio.

BEL. Tristeza!... á quién?

TODOS. A quién? A quién? (*rodean á María y escuchan.*)

MARIA. A un jóven muy guapo y muy amable. A don Eduardo de Sandobál. Catalina, al primo de la novia.

PER. Otro primito?...

MARIA. El mismo... Hace tres años, bien me acuerdo; habia yo venido por la mañana á ver á mi abuela... Tan temprano, que solo él y yo estábamos despiertos en todo el pueblo... Siempre que nos encontrábamos en cualquier parte, me hablaba... Como es tan llano!... Aquel dia, no me dijo mas que: "á Dios, María Juana;" y se separó de mi muy deprisa... El tono de su voz era tan triste, que corrí tras él gritándole; oyga usted, oyga usted, donde va usted de ese modo? Qué á donde voy, María Juana? A abandonar lo que mas amo en el mundo, tal vez para mucho tiempo... Quizás para siempre... Para siempre!... Oh, no, no; usted volverá, le dije... Yo pediré al cielo por su vuelta... No pidas por mí, María... Pide por... Ella! Y volviendo los ojos le oi pronunciar el nombre de Sofia... A mi me causó mucha lástima, y cuando levanté la cabeza para mirarle, habia desaparecido.

CAT. Y desde entonces, nada se ha oido decir de él?

PER. (*gritando.*) Vamos, fuera de cuidados agenos... basta de ternuras... Y venga música. (*sale un criado del jardin con un canasto con botellas.*)

CRIA. Para la novia y sus amigos, de parte de la señora condesa de Casa-Blanca.

BEL. (*mirando al canasto.*) Como... Tanto!... Seis, ocho, doce botellas.

PER. Y es Jerez!... Buen refuerzo...

MARIA. (*al criado.*) Dé usted mil gracias á la señora de parte nuestra.

PER. (*al criado.*) Y tambien de la mia: muchacho, (*á Beltran.*) con esta servidumbre es preciso mostrarse generoso... (*al criado.*) Vayan cuatro cuartos para echar un trago. (*vase el criado.*)

BEL. Conque, amigo Lopez, á ver si colocas esas señoritas con sus compañeras. (*Lopez toma el canasto y sale.*)

PER. Eso es, mientras esperamos el baile nos iremos entreteniendo. (*hace ademan de beber.*) Cuidado, primito Lopez, que no lo dejo á us-

ted de la vista. (toma una botella y la saluda respetuosamente.) Quiere usted bailar conmigo? (vase bailando.)

BEL. (siguiéndole.) Eh! Juan... Esperate, hombre; espera yo tambien haré tercio... (se dirige hacia la fonda donde han entrado todos, pero María Juana lo detiene.)

ESCENA VII.

BELTRAN y MARÍA JUANA.

BEL. (viniendo hacia ella.) Tienes algo que decirme, hija mia?

MARIA. Sí, Roque. Desde que estamos casados, este es el primer momento que podemos hallarnos solos... y quisiera aprovecharlo.

BEL. Pues bien: hablemos... pero déjame que te abrace; (la abraza.) ahora dime lo que quieras... (se separan.)

MARIA. Me quieres mucho, no es verdad?

BEL. Cómo puedes dudarlo!...

MARIA. Ya ves que necesito convencerme de ello para estar completamente tranquila... Tu amor, Roque mio, es mi sola dicha en el mundo.. cuando te escojí por marido, todos me decian: «hace usted muy mal, María Juana.»

BEL. ESOS serian algunos envidiosos.

MARIA. No... eran amigos... personas que nos conocen bien á los dos... «Usted es una muchacha juiciosa y trabajadora, me decian... Beltran, no ha hecho nunca mas que divertirse... Mientras usted esté trabajando, él se estará de broma... y el dinero que gane usted con fatiga, lo gastará alegremente en beber.»

BEL. Nunca! nunca!... María! Es verdad que he sido un poco calavera; pero te prometo que en adelante...

MARIA. Yo no he hecho caso de nada; me he dirigido confiadamente á tí, y te he dicho: «Roque, me quieres lo bastante para despedirte de tu vida pasada? Y me respondiste, sí.

BEL. Y te lo repito de nuevo... Una muchacha tan buena!.. Seria yo un mónstruo si pudiera negarte alguna cosa.

MARIA. Pues bien; si te pidiera el sacrificio de que dejáras un vicio feo y una mala compañía...

BEL. Concedido... Venga el vicio!

MARIA. Bien sabes cuales es.

BEL. (haciendo ademan de beber.) Qué no vuelva á la taberna?... Pues te lo juro... y vive descuidada... Sé contenerme... y no beberé mas que dos botellas menos de lo que calcule que puedo resistir.

MARIA. La mala compañía... es...

BEL. Quién?

MARIA. Tu amigo Perez.

BEL. Perez? El!... Un antiguo compañero con quien he estado junto desde la edad de diez y ocho años?

MARIA. Precisamente, Roque!... Acuérdate de la vida que has hecho desde ese tiempo... y siempre, siempre por sus consejos... porque al fin... tú tienes buen corazon!...

BEL. Si... Pero...

MARIA. Mira, Roque; ese hombre es tu ruina; ha estado á punto de perderte... y yo... te

burlarás de mis ideas... mas tengo la sospecha de que su amistad ha de causar nuestra desgracia.

BEL. María, siendo así, tranquilízate: no me acompañaré mas con él.

MARIA. Gracias... Te lo agradezco mucho.

BEL. Vamos, estás contenta, niña?

MARIA. Ay! Ahora me creo completamente feliz! (Beltran la abraza.) Con que otra vez?

BEL. Y ciento, y mil...

MARIA. (viendo á Sofía que sale de la verja.) La recién casada!

ESCENA VIII.

Los mismos, SOFÍA y un criado que la acompaña, el cual permanece en el fondo del teatro.

SOF. Se admirará usted de que haya deseado volver á verla.

MARIA. Señora es usted tan rica... y nosotros...

BEL. No somos pobres, pero al fin artesanos...

SOF. (en voz baja.) Es ese su marido de usted?

MARIA. Si señora... qué le parece á usted?

SOF. Tiene aire de honradez. (á Beltran.) Me dispensará usted la confianza... quisiera hablar con su muger de usted.

BEL. Con mi muger?... Pues por mí... (á María.) Me voy con la demas gente. Hasta luego... María Juana! (éntrase en la fonda.)

SOF. Se llama usted María?

MARIA. Si, María Juana... Y desde esta mañana la muger de Beltran.

SOF. Yo, Sofía; y se lo digo para que desde ahora seamos amigas... Y nos abramos nuestros corazones... Me parece que no ha sido una simple casualidad la que nos ha reunido en la iglesia.

MARIA. A mi tambien, al ver á usted aqui, me ha llamado la atencion el encuentro... Estaba tan lejos de figurarme...

SOF. Que vendria á verla! Pero ahora no habla la condesa de Casa-Blanca; habla solo Sofía, que quisiera hacer algo por la dicha de usted. Dígame lo que la falta para ser feliz... Yo soy rica... (suspirando.) Muy rica... Y si usted no me niega el placer de serla útil...

MARIA. Gracias, señora... Pero por mas que pienso... No deseo nada.

SOF. (admirada.) Cómo nada? Puede llegar un dia en que la falte á usted trabajo... verse necesitada...

MARIA. Para entonces, tengo algunos ahorros... Dos mil reales... Que he juntado en diez años!.. Oh! adquiriria con tanta facilidad el dinero que usted me diese, que me haria mirar con desprecio el que me ha costado muchas fatigas.

SOF. Diez años!

MARIA. Ay! si, diez años! Por eso no me he casado antes... Los pobres, nos casamos cuando podemos.

SOF. Si, pero se casan ustedes con personas á quienes tienen cariño.

MARIA. Lo que es en eso, tiene usted razon... Estoy loca con mi marido!

SOF. (con dolor.) Si reinase en su corazon de usted... Un afecto de mi niñez... Un amor que fuera la felicidad de su vida... No la sacrifi-

carian á consideraciones de riqueza... y si pidiera usted que la casáran con el que amase... No la arrojarían en los brazos del que la comprará...

MARIA. Ah! Ya sabia yo que amaba usted á don Eduardo.

SOF. Eduardo!... Lo sabe usted?... Maria... pero basta... Ni una palabra mas... Estoy casada!

MARIA. Joven, hermosa y tan rica... Y yo una muchacha pobre, mil veces mas dichosa que ella.

SOF. (*con tranquilidad.*) En fin... Ya que no puedo hacer nada por usted, me retiro... Ni aun me queda el consuelo de decirle: «Si en adelante necesita de mi, venga á verme como á una hermana.» Porque mañana salgo para Italia... La salud de mi esposo exige este viage. Pero al menos, (*le da un anillo.*) conserve usted este anillo como un recuerdo mio... Lo conservará usted?

MARIA. (*conmovida.*) Se lo prometo; y si alguna vez vuelvo á ver...

SOF. Ah! no no... Calle usted, no le diga nada...

MARIA. A Dios (*le da la mano.*) María Juana.

MARIA. A Dios señora...

ESCENA IX.

MARIA JUANA, LOPEZ, varios amigos que entran gritando, y despues EDUARDO.

VARIOS CONVIDADOS. Y la novia!... Dónde está la novia?

MARIA. La novia? Aqui está, que quieren con ella?

LOP. Ya está preparada la sala, primita, y vá á comenzar el baile.

MARIA. Bueno, yo tambien estoy lista.

LOP. Quieres bailar conmigo?

MARIA. Con mucho gusto.

EDU. (*que entra por el fondo y se dirige á hablarles.*) Son ustedes del pueblo?

LOP. (*á los de la boda, ap.*) Un forastero!...

EDU. Quisiera preguntarles...

MARIA. (*mirándole.*) Qué veo, Dios mio!

EDU. (*mirándola con atencion.*) Es María Juana!

MARIA. Señor don Eduardo... usted por aqui? Y hoy...

LOP. Toma! El primo de la recién casada!.. Vendrá á la boda.

EDU. (*á Maria.*) Que casualidad! Eres tú la primera á quien veo cuando vuelvo, asi como fuiste la última de quien me despedí el dia de mi marcha.

MARIA. ¡Dios mio!... Si no sabrá?

EDU. (*mirándola.*) Pero ese vestido... Esta fiesta... Qué novedad?...

MARIA. Cuando uno está ausente por dos años, como V, se encuentra á muchas jóvenes casadas... ¿No ha tenido V. noticias de su familia?

EDU. Hace un año que no las tengo... He recorrido tantos paises que...

MARIA. Ah! entonces no sabe V.?..

EDU. Qué dices?

MAR. Ha habido muchos cambios mientras á estado V. fuera.

MARIA. (*en voz baja.*) Calla! ..

EDU. Ya!... quieres hablarme de la muerte de mi

tia la condesa que me ha desheredado á favor de mi primo Fernando? Y qué me importa?

MARIA. Eso es todo lo que sabe V?... Señor don Eduardo, ¿por qué se fué V. de aqui?

EDU. Por qué? ¡amaba!

MARIA. Y abandonó V. á la que amaba?

EDU. Qué habia de hacer? No podia casarme... Sin posición!... y para adquirir las riquezas que me faltaban... Y volver digno de ella, me desterré voluntariamente... Apenas han pasado dos años, y ya el cielo ha colmado mis esfuerzos... Vuelvo mas rico de lo que podia esperar, y no habrá ningun obstáculo entre nosotros... Tengo dinero, y Sofía será mi esposa.

MARIA. (*ap.*) Pobre joven!... Me da pena verlo tan alegre.

LOP. (*que se ha adelantado hácia el fondo del teatro.*) Digo! Digo! Los vecinos se han bajado al jardín... van sin duda á bailar. ¿No aprovechamos la música?

TODOS. Si, eso es.

EDU. Hay una fiesta en casa de la condesa?

MARIA. Una fiesta... No señor... Una...

EDU. Qué turbada estás!... Habla.

MARIA. (*turbada.*) Oiga V.

LOP. (*acercándose.*) Vaya si es la boda de su primo de V. don Fernando Sandobál!

EDU. (*con espanto.*) Su boda?... En esa casa?

MARIA. Valor, señor don Eduardo.

EDU. Pero con quién se casa?

LOP. Pues es claro!... Con la señorita condesa. EDU. Con Sofía!... Desgraciado de mi!!! (*algunos convidados salen de la fonda gritando «en baile en baile.»*)

LOP. Prima...

EDU. (*en primer término á la derecha.*) Quiero volverla á ver aunque pierda la vida. (*entra en el jardín.*)

ESCA. Adentro todo el mundo.

TODOS. Vamos.

MARIA. Pero... Y mi marido, ¿dónde está?

TODOS. Y Beltran?... Pues es verdad... (*llamando.*) Beltran! Beltran!..

ESCENA X.

Los mismos, BELTRAN y PEREZ que salen de la fonda.

BEL. (*algo ébrio.*) Qué es eso?... Qué hay con Beltran?

PER. (*con una botella en la mano y un vaso en la otra.*) Aqui tienes á tu marido... que nadie se lo ha comido, aqui está. (*va á sentarse junto á la mesa que está á la izquierda.*)

MARIA. Roque... dime.

BEL. (*dando traspieses.*) Qué... qué he de decir?... Para qué me han llamado?... Si es para quedarme aqui... No señor... No quiero... mi amigo Perez se fastidia, y quiero y me dá la gana de irme... Mi amigo Perez se vuelve á Sevilla, y yo me vuelvo tambien á Sevilla... Si, á Sevilla, y pronto...

TODOS. Cómo?...

MARIA. (*enternecida.*) Siempre Perez!.. Aun despues de su promesa!...

BEL. Además, no me gusta el campo... A mi me gusta el teatro... A mi... Vamos, vamos á Sevilla, señora esposa.

TODOS. (*estórbándole el paso.*) Pero, y el baile?

BEL. El baile!... Bailaremos allá...
 MARIA. (en voz baja agarrándole por el brazo.) Roque, por Dios, cálmate; nos están mirando... Acuérdate de lo que me acabas de prometer... De lo que tengo derecho á exigirte.
 BEL. (soltándose.) Cómo á exigirme?... Que no te oiga yo decir eso... Tú no tienes que hacer si no lo que yo te mande.
 MAR. Pero..
 BEL. (apartándole la mano.) Ps!.. Tu no tienes que hacer sino lo que... yo te mande.
 MARIA. (con dolor.) Ah!
 PER. (echándose vino.) Bravo!... Bueno vá eso... es buen discípulo!
 MARIA. (en voz baja.) Bien, hombre; haré lo que quieras... Pero por Dios te pido que no escandalices delante de nuestros amigos... Aguárdate un poco, y nos iremos.
 BEL. Bueno, me aguardaré.
 LOP. (en la verja del jardín.) Oyen ustedes los violines de la gente grande?... A bailar.
 TODOS. A bailar, á bailar.
 ESCA. Y V., señor Perez, ¿no hace cuatro piruetas?
 PER. No me descuido; (enseñando la botella.) es la quinta que ha bailado conmigo.
 MAR. (tocando á Beltran en el hombro.) Señor novio!
 BEL. (que permanece inmóvil.) Presente; no se ha perdido... Va á escoger sitio...
 MARIA. (ap. en primer término.) Si me habré equivocado, Dios mio!
 LOP. (dándole el brazo.) Vamos, primita... (Durante estas últimas palabras, Perez baila con la botella en la mano; todos se van retirando por el fondo!)
 PER. (agarrándose del brazo de Beltran y andando detrás de todos.) Chico, adelante dos... Cadena inglesa... Solo de señoras... (cae el telon.)

CUADRO PRIMERO.

Habitacion pobremente amueblada: en el fondo, á la derecha; una ventana sin cortina que dá á la calle. En el costado derecho, una puerta que comunica á otra pieza; cerca de ella una cómoda: en el izquierdo una mesa de pino, encima una canastilla con ropa y no lejos de ella, un hornillo de mano y varias sillas.

ESCENA I.

MARIA y MARGARITA.

(Al levantarse el telon Maria Juana aparece sentada y dormida cerca de la mesa; conserva aun en sus manos lo que estaba trabajando: un belon estará apagandose á un lado, y se oye llamar á la puerta.)

MARIA. (despertándose.) Han llamado. (mirando á la ventana.) Pues si es muy de dia!.. Será Beltran. (va á abrir y se encuentra con Margarita.) No... no es él. (con tristeza.) Buenos dias, Margarita.
 MAR. (con un canasto en la mano que deja al entrar.) Felices, Maria; qué tal vá por acá?
 MARIA. Bien, y tú?
 MAR. Bien? Hum!.. No dice eso tu cara... Tienes los ojos encendidos y parece que estás cansada... Una luz á las doce de la mañana!... No; Maria tu has pasado esta noche trabajando.

MARIA. Yo! te equivocas! (apagando la luz.) La tenía así... Para encender lumbre.
 MAR. Y la apagas porque ves que no hay con que encenderla, ¿no es verdad? Yo que venia á pedirte un poco de carbon...
 MARIA. Ahora voy por él y á la panaderia... Pero tengo miedo que se despierte mi niño.
 MAR. En la carboneria no te darán ni un cuarto mas de fiado; y el panadero me ha enseñado ayer tu cuenta; le debes un duro, y dice que no te da mas pan.
 MARIA. Eso te han dicho? (con resolucion.) Quiá!.. Les pagaré, y se acabó todo.
 MAR. Con qué? Con el dinero que te ha de traer tu marido?.. Por eso no ha dormido esta noche aquí, lo habrá estado buscando.
 MARIA. Que no ha dormido?... Quién te lo ha dicho? Por que no está ahora? Eso no tiene nada de particular; antes que fuese de dia salió... (como buscando algun pretesto.) Fué á la calle de... donde lo habian mandado llamar para que trabajase.
 MAR. Para que trabajase... El!!! Hace mucho tiempo que no sabe lo que quiere decir esa palabra. Mientras tú sufres y lloras, él pasa la vida bebiendo y divirtiendose. Os tiene abandonados, á ti y á tu pobre hijo.
 MARIA. Te equivocas; ¡qué maliciosa eres! Porque me habias dicho antes de casarme, no te cases: ese hombre no te conviene; ¿sientes ahora verte desmentida? Cualquiera que te oyera creeria que Beltran es un mal padre... un marido que me hace desgraciada. Pues no, te equivocas, ¿lo oyes?.. No tienes motivos para suponerlo.
 MAR. Y entonces, ¿por qué estás tan cambiada? Tú que antes eras tan alegre, y ahora...
 MARIA. Y para estar contenta es menester reirse?
 MAR. De modo, que eres feliz!
 MARIA. Si, soy feliz.
 MAR. Y Beltran no te deja entregada a la miseria?...
 MARIA. A la miseria?... Al contrario, no sé como se pueden decir ciertas cosas! Mira; quiero convencerte de que Beltran es arreglado y trabajador. (vá á la cómoda, abre un cajon y le enseña dinero que tiene guardado en la punta de un pañuelo.) Voy á probarte que no me deja sin tener que comer... Ves? (le enseña el dinero.)
 MAR. (sorpresa.) Seis duros! Ah! ya eso es otra cosa.
 MARIA. Puede que no tengas tú tanto!
 MAR. A la verdad te creia mas pobre... Por eso figurándome que no tendrías trabajo, me pareció que aceptarías un acomodo que te he buscado... ¡una buena casa! Pero no hay nada que hablar: me equivoqué. (toma el canasto.)
 MARIA. Espera... Un acomodo?... Y donde?
 MAR. En casa de una señora rica que viene de viajar... Pero no te convendrá. Además, tendrías que separarte de tu hijo...
 MARIA. Separarme de él... Quién sabe!.. Pero abandonar á mi marido!.. Oh! no, Margarita, no estoy en ese caso. Beltran me quiere como antes, y no debo separarme de él... Soy dichosa...
 MAR. Bueno, déjalo... Te lo decia por tu interés: no lo necesitas, corriente; á Dios, Maria Juana (vase.)

MARIA. (*acompañándola hasta la puerta.*) A Dios.

ESCENA II.

MARIA. (*llorando.*) Dichosa, yo!.. Ay!.. Debiera serlo si la dicha se comprase con lágrimas; porque he llorado mucho en un año... Margarita me compadecía... Si supiese lo que he sufrido y lo que me queda que sufrir! Si supiese cuanto trabajo me ha costado; cuantas noches velando para reunir el dinero que ha visto!.. (*se sienta á la derecha mirando al dinero.*) Primero moriría que tocarle... No basta que me haya abandonado mi marido... Pronto tendré que abandonar á mi Carlos... mi único consuelo, ah! Las privaciones y la miseria han agotado mis fuerzas, y el médico me dice que lo entregue á otra muger para criarlo. Por eso hace tantos dias que guardo mi salario y lo que he podido ganar trabajando de noche. ¿Qué me importa que el panadero no quiera darme pan, con tal que á mi hijo no le falte nada? Si, guardemos este dinero donde nadie lo vea. (*pone el dinero en la punta del pañuelo, le mete en el cajon, y le hecha la llave.*) Sobre todo, Roque! (*con dolor.*) Si al menos me amase como yo le amo! (*va á la mesa, arregla lo que está encima, se sienta y cose.*) Pero qué!.. Me trata siempre mal. Delante de él tiemblo, y cuando está fuera de casa, me desespero... Que vida tan desgraciada, Dios mio!!

ESCENA III.

MARIA JUANA y PEREZ.

PER. (*entrando sin verla.*) Beltran?
 MARIA. Perez!..
 PER. Hola! Señorita.
 MARIA. ¿Cómo se atreve V. á venir aqui?
 PER. Perdona V., no sabia... Que lo pase V. bien. (*hace ademán de salir.*)
 MARIA. (*deteniéndolo colérica.*) Quédese V., quédese V., y ya que lo tengo cara á cara, le voy á decir.
 PER. No, no, muchas gracias: no puedo aceptar nada, acabo de cenar...
 MARIA. Ah! no se escapará usted... Tiene usted que oirme.
 PER. Si usted se empeña la oiré... Precisamente á mi me da por ser fino... Decia usted...
 MARIA. Decia que usted nos ha perdido: que sino fuera por usted, no dejaria Roque el obrador para irse á la taberna... Decia...
 PER. Algun otro disparate! Cualquiera que la oyese... creeria que ya no habia amigo en el mundo, y que yo...
 MARIA. Amigo, usted? Porque adula sus inclinaciones y sus defectos?... Amigo, porque á fuerza de separarlo de su deber, lo ha puesto usted á su altura. A él que era tan honrado y tan bueno! Con razon queria usted irse; porque á veces la desesperacion nos dá fuerzas, y cuando pienso que por causa de usted me abandono las semanas enteras, y nos deja sin tener qué comer... A mi, y al hijo de mis entrañas, olvido que soy una pobre muger, y me dan ganas de vengarme del que ocasiona mis sufrimientos.
 PER. (*acercándose á la puerta.*) Por mi, nada: no se moleste usted, volveré cuando esté en casa

mi amigo Roque; cuando esté el amo.
 MARIA. (*siguiéndole con aire amenazador.*) Y yo le prohibo que vuelva; ¿me entiende usted? Lo echo á la calle... lo...

ESCENA IV.

Dichos y BELTRAN

BEL. (*entrando.*) ¿Qué es esto?
 MARIA. Roque!
 BEL. (*á Maria.*) Qué es lo que pasa? Dime lo que ocurre?
 PER. (*interrumpiéndola.*) Nada: absolutamente nada: tu muger estaba barriendo sin ver que yo habia entrado, y me iba echando hácia la calle... Por distraccion, por supuesto.
 BEL. A la calle... A Juan?... Y cómo tienes atrevimiento de hacer eso con mis amigos?
 MARIA. Roque, hay momentos en que una no puede resistir mas, y al fin... (*llorando.*) No quiero, no quiero vivir de esta manera!..
 BEL. Pues! ahora su poquito de llanto...
 PER. Ea, que ustedes descansen! No quiero nada con los matrimonios.
 BEL. Te vas?..
 PER. Hombre, yo no soy para escenas tiernas... (*baja la voz.*) Además, me voy á casa de un parroquiano donde hay una boda famosa y habia venido á avisártelo.
 BEL. (*en voz baja.*) Bueno; dentro de un cuarto de hora estaré allá: di que me esperen.
 PER. Corriente... servidor de usted, señora. (*vase.*)

ESCENA V.

BELTRAN y MARIA JUANA.

BEL. Ahora vamos á entendernos nosotros como se entiende la gente.
 MARIA. (*sentada á la derecha y mirando á la pieza inmediata.*) Por Dios te pido, que no des gritos. Te gusta escandalizar...
 BEL. Eso es... Tendré que darte las gracias por el modo con que tratas á mis amigos? Me dejaré insultar por ellos... y ser la burla de todos... ¿No es eso?
 MARIA. (*con dulzura.*) Es verdad; hago mal en quejarme: ya debia yo estar acostumbrada á todo esto, á tu mal humor... á tus ausencias... porque hace tres dias que faltas de casa sin que se sepa qué ha sido de tí.
 BEL. Y qué?
 MARIA. (*levantándose.*) Y qué?... Mientras has estado fuera, los alguaciles han venido con el casero... Se han apoderado de los mejores muebles, y mañana será preciso salir de este cuarto.
 BEL. Bueno, saldremos.
 MARIA. Y á donde vamos?
 BEL. (*yéndose á sentar á la izquierda cerca de la mesa.*) Ay Dios mio! que!... (*con aire de fastidio.*)
 MARIA. Si tú quisieras...
 BEL. (*dando un golpe sobre la mesa.*) Basta: dame la comida.
 MARIA. La comida?
 BEL. Pues qué, en esta casa no se come?
 MARIA. Si, pero...
 BEL. Pero qué?

MARIA. Te llevaste todo el dinero que teníamos.
 BEL. Dinero, siempre dinero! Quieres que lo pinte? Tengo yo fábrica de moneda?
 MARIA. Si trabajases...
 BEL. Ah, si trabajase!... Sería lo mismo, y además, tuve unas palabras con el maestro y no he encontrado trabajo por fuera.
 MARIA. No lo habrás buscado.
 BEL. Pues!... También tengo yo la culpa!... Oh! Cásese usted; cásele usted para vivir de este modo... Bestia de mí!... Era tan feliz antes!
 MARIA. (resignada.) Si, yo causo tu desgracia; si, es menester que me separe de ti.
 BEL. (con dulzura.) Separarnos!...
 MARIA. Supuesto que no me quieres, y para ti es un suplicio venir á tu casa, y oír mis quejas... Echame á la calle.
 BEL. A la calle.
 MARIA. Así á lo menos, uno solo será el desgraciado... Mas vale que lo sea yo.
 BEL. (conmovido.) Vamos, Maria, cálmate
 MARIA. Solamente te pido, que me dejes al hijo de mi alma... No lo hago por separarte de él... Pero si le faltáran mis cuidados se moriría.
 BEL. Calla!
 MARIA. Y tú no querrás que se muera, no es verdad?
 BEL. (muy triste.) Ah! Calla, calla, por Dios; no me digas esas cosas que me dan pena... Y... lo conozco, no he tenido motivo para tratarte mal.
 MARIA. (con bondad.) Qué! Roque mio, ya no me acuerdo de nada.
 BEL. (á si mismo.) Pobrecilla!... Tanta bondad... (á Maria.) Vamos, me he portado muy mal contigo.
 MARIA. (con amabilidad.) Roque!...
 BEL. Si... Me he portado mal, y debes aborrecerme, maldecirme.
 MARIA. (sonriéndose.) Yo?...
 BEL. (levantándose.) O cuando menos... No podrás amarme como en otro tiempo... Te he dado tanto que sentir...
 MARIA. (le toma la mano.) Pero... Y nuestro hijo?
 BEL. No me hables de él: me avergüenzo de pensar que hay momentos en que lo olvido... De todo tiene la culpa ese malvado Perez.
 MARIA. Si, él tiene la culpa.. Te dejas arrastrar... Y si en vez de malos consejos, te los diera buenos, lo mismo los seguirías.
 BEL. Yo no debía haber escuchado á nadie mas que á ti.
 MARIA. Ah! Si supieses todo lo que me complacen esas palabras!... Hace tanto tiempo que no me hablabas de ese modo...
 BEL. (abrazándola.) Deja que te abraze. (la abraza.)
 MARIA. Ea! pues ya que estamos en paz no perdamos un instante. (toma su manton.)
 BEL. A dónde vas?
 MARIA. A casa del maestro para que vuelva á recibirte...
 BEL. Y crees que me admitirá?
 MARIA. Porqué no? Es un buen hombre, y estoy segura que me arreglaré con él. Hasta luego.
 BEL. A Dios, Maria Juana. (vase Maria.)

ESCENA VI.

BELTRAN y despues PEREZ.

BEL. Pues señor, esto es hecho!... Desde ahora voy á ser hombre de bien y á trabajar... Así cuando vaya á divertirme, lo haré sin remordimientos... Quiero en fin entrar en mi casa tranquilo. (se sienta.) En mi casa! Si, porque aqui me encuentro mejor que en esas tabernas á donde me lleva Juan!.. Linda vida y buen ejemplo en un padre de familia!... Qué será de mi Carlos?... Hace tres dias que no lo veo, y tengo necesidad de abrazarlo... (se dirige hacia la puerta de la derecha, en cuya pieza está el niño; al mismo tiempo se oye á Perez.)
 PER. (desde afuera.) Hola!
 BEL. (deteniéndose.) Qué es eso?
 PER. No hay nadie en esta casa?
 BEL. Ah! es Juan. Si, si, llama hasta que yo responda...
 PER. (asomando la cabeza por la puerta del fondo.) Pst, pst.
 BEL. (sin volverse.) Qué hay?
 PER. No está la señora en casa?
 BEL. No: qué te se ofrece?
 PER. Cómo que qué se me ofrece? El gusto de verte, el honor de gozar de tu compañía.
 BEL. Pues aqui me tienes; y mirame bien, porque será la última vez que me veas.
 PER. Ba! ba!
 BEL. Te burlas?
 PER. Yo! Al contrario; me sorprenderia si no fuese así; solo que los amigos cansados de esperar, me han dicho que venga á buscarte, y lo he hecho por darles gusto; aunque me figuraba que tu muger no te dejaria salir.
 BEL. Mi muger!
 PER. Si, tu muger; que es quien manda, mientras que tú...
 BEL. Mentira... Y hace poco acabas de ver..
 PER. De modo que cuando hay gente delante... Pero cuando estais solos, lo sé, no hay hombre. En fin te has casado, y...
 BEL. Será todo lo que tú quieras, pero yo...
 PER... Lo mismo que los demás.
 BEL. Te digo que no... Y la prueba...
 PER. A ver la prueba?
 BEL. Que si quisiera salir saldria.
 PER. Si: pero no quieres... porque no te atreves...
 BEL. Por qué no me atrevo?...
 PER. Porque te han prohibido que te menees de aqui.
 BEL. Te digo y te repito que eso no es verdad.
 PER. Pues entonces será por no pagar el convite que nos debes, y que has prometido cumplir hoy.
 BEL. (sorprendido.) Canario! Se me habia olvidado, y con esta gente no sirven excusas... En fin, es el medio de acabar de una vez. (en alta voz.) Vamos... Vé delante... Te seguiré.
 PER. Gracias á Dios que te conquisto...
 BEL. Pero entendámonos: voy solamente para cumplir mi promesa, porque es una deuda sagrada; pero despues... Se acabó todo... No deben ustedes contar conmigo... (buscando en la faltriquera.) Qué tal! Sin dinero.
 PER. No tienes dinero? A bien que estás en tu casa: echa mano de cualquier cosa, y...

BEL. (*titubeando.*) El monte de piedad!...
 PER. Pues es claro...
 BEL. (*ap.*) En fin, siendo para romper de una vez con ellos... Y que yo no falto nunca á lo que he prometido. (*vá á la cómoda.*) Ahora no hay llave!
 PER. Toma! Se la habrá llevado tu muger.
 BEL. Por vida de mi muger!...
 PER. Todo lo tiene debajo de llave, hasta al marido...
 BEL. Y yo te digo que soy el amo... Y sino, mira. (*hace saltar la cerradura con la punta de una navaja.*)
 PER. Bravo! Veremos que hay en esos escondites.
 BEL. (*registrando.*) Pañales, mantillas... (*vuelca el cajon y cae el pañuelo en que está el dinero.*)
 PER. (*que lo ha oido sonar.*) Metálico?
 BEL. (*sorprendido.*) Dinero!... Es posible?
 PER. Dame, dame seré el administrador... Yo te daré cuentas.
 BEL. (*sin escucharlo.*) Y ahora poco lloraba miserias...
 PER. Y las mugeres no las están siempre llorando?
 BEL. Me hablaba de alguaciles... De embargo... y llegué á entermecerme... Asi se portan las mugeres... Ocultan el dinero... Y nos vienen llorando lástimas... Ah! me las pagará.
 PER. Muy bien dicho.
 BEL. No dirá que se ha burlado de mi, y por lo pronto confisco todos sus bienes... (*guarda el dinero en la faltriquera.*)
 PER. Eso es... Partiremos. (*escuchando.*) Silencio, alguien viene... Cerremos la brecha... (*recoje todo lo que Beltran ha tirado, lo pone en el cajon y lo deja á medio cerrar.*)

ESCENA VII.

Los mismos y MARIA JUANA.

MARIA. (*entrando y quitándose el manton sin ver á Perez.*) Pues señor, aquí estoy ya... Todo ha quedado arreglado, y puedes irte al obrador.. te están esperando...
 BEL. Pues que esperen hasta que yo vaya.
 MARIA. Qué quieres decir con eso?
 BEL. Quiero decir, que en otra parte me esperan tambien.
 MARIA. Si he prometido al maestro...
 BEL. Pues yo he dado mi palabra á otro... y me voy.
 MARIA. Qué variacion es esta?
 PER. (*presentándose.*) Hemos dado nuestra palabra, y el honor está interesado en cumplirla.
 MARIA. Perez! Ya lo entiendo... Todas tus promesas han desaparecido!... Ha entrado aqui Perez... y...
 BEL. Y ha hecho bien... Es un amigo verdadero, de los que no me engañan.
 MARIA. Cómo?
 BEL. Y no me anda con misterios... No es embustero, ni...
 MARIA. Por qué me dices eso, Roque?
 BEL. Déjame, déjame. Juan no es como las mugeres, que nos hacen cariños con una mano y con la otra...

MARIA. Pero por Dios, espílicate.
 BEL. Contigo? Y para qué! (*á Perez.*) Vámonos.
 PER. Estoy á la disposicion de usted, señora.
 MARIA (*deteniéndolo.*) No me dejes así... Te lo pido por Dios. Si he hecho algo que te haya incomodado...
 BEL. (*titubeando.*) Maria!
 PER. (*con voz baja.*) Eso es... Pídele ahora perdon.
 BEL. (*con fuerza.*) Si, tienes razon... Nada tengo que decirte. Vámonos.
 PER. Me lo llevo... (*vanse.*)
 MARIA. (*deteniendo á Beltran.*) Pero, Roque!... Escucha.

ESCENA VIII.

MARIA JUANA, sola.

Ay!... Otra vez abandonada!... Yo que venia tan contenta y me decia á mi misma: «Roque volverá á trabajar, su salario y el mio nos proporcionarán algunas comodidades, y mi hijo no carecerá de nada... Pobre Maria!... Era un sueño!... La dicha no se ha hecho para mi corazon!... Ahora mas que nunca necesito valor, pues voy á confiarlo á otra... Que recibirá sus primeros besos y sus primeras caricias!... (*suspirando.*) Si, pronto vendrá... Y es menester tenerlo todo listo... (*yendo hácia la cómoda.*) Dinero á la que me lo arrebató!... Cuando daría mil veces mas... (*viendo la cómoda forzada.*) Abierta!!! Rota la cerradura! Qué desórden! Qué es esto? Dios mio! no me atrevo á mirar. Pero no... Acaso Roque habrá tenido que sacar ropa, y... (*busca.*) Nada! nada!... (*cambiando de tono.*) Pero qué!... El temor turba mi razon... Si debe estar aqui... (*buscándolo de nuevo.*) No! me lo han quitado. (*corriendo hácia la ventana.*) Roque!.. Roque!... Ese dinero era para salvar nuestro hijo! (*va poco á poco siendo de noche.*) Ah! Se ha ido!... (*se sienta cerca de la ventana.*) Y ahora, qué recurso me queda? Qué recurso mas que mi desesperacion? He de verlo morir! (*se levanta.*) Morir!.. Morir delante de mis ojos!.. Ah! no, el cielo no lo permitirá... Porque no abandona á una pobre madre!... No, el cielo no la abandona! ni tampoco los hombres... Hay un asilo para los huérfanos... La inclusa!... Pero, nunca, nunca... (*se levanta.*) Sin embargo, no tengo nada que vender... Allí, no lo volveré á ver, pero vivirá!... (*sale precipitadamente.*)
 (*Coje su manton y se arroja á la pieza inmediata cuya puerta estará abierta: mientras está dentro se oyen las voces de Perez y Beltran que cantan en lá calle.*)
 Tus ojos, morena,
 me encantan á mi:
 sin los tuyos negros
 no puedo vivir!
 Que digan que si,
 que digan que no,
 á esta morenilla
 la camelo yo.
 (*puede cantarse cualquiera otra popular.*)
 (*Maria Juana vuelve á aparecer pálida y descompuesta llevando á su hijo envuelto en el manton, de modo que no pueda vérselo.*)
 MARIA. Vamos allá... valor!

(*cae el telon.*)

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa la calle de la Cuna de Sevilla, y se verá el edificio de la Inclusa iluminado por la luz de los faroles: á la izquierda de la puerta, el torno, de manera que pueda girar á su tiempo.

ESCENA I.

PEREZ y BELTRAN entran cantando lo que se ha oido en el cuadro anterior. Beltran algo ébrio.

Al levantarse el telon es de noche, se nota únicamente la claridad de los faroles.

BEL. Oyes, Juan, ¿á dónde vamos por esta calle?

PER. Qué te importa?

BEL. Y tanto como me importa!.. Me llevas á escape...

PER. Para qué has querido venir? ¿No te dije que me esperases en la taberna?

BEL. En la taberna yo solo? No señor. Y luego, que ya se me habia acabado el dinero... Por eso me vine contigo; mas esa no es razon para estar andando y andando... Con este demonio de vino de san Lucar que me has hecho beber... Que se me ha subido á la cabeza... Y patatum!.. Se me viene despues á las piernas!.. Lo que es yo, Juan, aunque me mates, no doy un paso mas.

PER. Bueno, hombre, descansa... Mira... Ahí tienes una puerta con un poyo bien ancho; duerme todo lo que quieras, mientras concluyo una cosa que tengo que hacer aquí.

BEL. Aquí! pues dónde estamos?

PER. ¿No lo sabes, majadero? Aquella es la Inclusa... (señalándola.)

BEL. Cierto... Allí está el torno... De la... La Inclusa.

PER. Donde dejan las madres sus hijos bajo la proteccion del gobierno.

BEL. (acostándose sobre el poyo.) Con qué este es mi colchon? Y dime, que los degen... ó no los dejen, á ti que te vá en eso? Tú no creo que eres madre que tenga que dar hijos al gobierno?

PER. No... Pero...

BEL. Pues entonces... Qué demonios vas á hacer... Con el gobierno?

PER. Ya te lo he dicho. Estoy citado en estos sitios.

BEL. Con el gobierno?

PER. Vamos, calla, y duerme.

BEL. (durmiéndose.) Bueno... Pero con la condicion de que me despiertes cuando venga...

PER. Cuando venga quién?

BEL. El gobierno?... No me disgustaria.. ver á ese caballero... (se queda enteramente dormido.)

PER. Buenas noches... Así me conviene... Tal vez hubiera molestado á mi marchante... (Appiani entra por la izquierda embozado en su capa, y se adelanta con lentitud examinando á Perez.) que me va á hacer ganar mas dinero que el que ganan en un mes todos los tontos que trabajan en el obrador... Pero caramba, no viene!

APP. (tocándole en el hombro.) Aquí estoy.

ESCENA II.

APPIANI, PEREZ y despues MARIA JUANA.

PER. (queriendo volverse.) Gracias á Dios!

APP. (poniendole las manos en los hombros.) Te prohibo que me mires.

PER. (con cólera.) Cómo! ¿que me lo prohíbe usted?

APP. (permaneciendo detrás de él.) Para eso lo pago... Con esta condicion tomarás doble cantidad... Si no quieres aceptarla, no hay nada de lo dicho, buscaré á otro.

PER. Tiene usted un modo de convencer... Vaya! Ya estoy ciego.

APP. (quitándole las manos de los hombros.) Dices, que aquí encontraré lo que necesito?

PER. Yo respondo.

APP. Pero sin nada de violencia...

PER. No hay cuidado... Cuarenta duros para la muger y...

APP. Ochenta para ti.

PER. Entonces negocio concluido: á dónde habrá que llevarlo?

APP. Me lo darás aquí en cambio del dinero y despues nos iremos, tú por un lado y yo por otro.

PER. Corriente: y haremos este negocio con los ojos cerrados... Pero, porque usted mismo... no...

APP. Porque una madre puede ser menos dócil y mas perspicaz que tú, y no quisiera que me conociese luego.

PER. Ya! Y si me conoce á mi?

APP. Qué me importa, si tú no sabes quién soy yo?

PER. Ya entiendo! (ap.) Pues señor, no entiendo una palabra.

APP. De eso se trata precisamente.

PER. Entonces bien... Silencio... (mira al lado de la izquierda.) Me parece que veo un bulto; si, una muger!.. Póngase usted á un lado y déjeme solo.

APP. (alejándose.) Al negocio, pero pronto.

MARIA. (sale por el primer bastidor de la izquierda trayendo á su hijo debajo del manton.) Aquí es...

PER. (que la ha conocido, ap.) Qué veo?... Maria Juana!

MARIA. (asustada.) Un hombre! (se oculta un momento.)

PER. (ap.) Nos habrá seguido á mi y á su marido para recuperar... Pues si me llega á conocer, todo se lo lleva la trampa. (vase hacia el fondo del teatro y se coloca cerca de Appiani.)

APP. Qué hay? Esa muger... no...

PER. No es la que esperamos. Pero quedémonos cada cual á un lado de la calle, y antes de una hora estará usted servido. (vase por la derecha y Appiani por la izquierda.)

ESCENA III.

MARIA. (que vuelve con su hijo oculto de modo que no se vea.) Nadie!.. Ya no hay nadie!.. Esta es la tercera vez que vengo sin tener valor para... Pero es preciso, si no quiero verlo morir de hambre y de frio!.. Pobre niño, por quien he sufrido tanto y que me ha costado tantas lágrimas!.. entonces me creia desgraciada... Y ahora que voy á separarme de él... (mirándole.) Ya ves que es preciso, hijomio!.. Ah! tú no puedes oirme... Pero Dios me oirá mi juramento... El juramento de trabajar para rescatarte!.. Porque me lo devolverán; de lo contrario preferiria morir con él... No, no... los que están ahí dentro serán honrados, y conservarán lo

que te he puesto para poder reconocerte. (lo mira, pausa.) Todo está... Si... Pero me detengo mas de lo que debiera... A Dios, á Dios! No para siempre... (Se dirige con lentitud hácia el torno; toca la campanilla; deposita allí á su hijo; y toca de nuevo; da algunos pasos y retrocede gritando.) Ah! no quiero.... Volvédmelo, volvédmelo. (cae sinsentido, á tiempo que Beltran, despertado por los gritos, se levanta.)

ESCENA IV.

BELTRAN y MARIA JUANA.

BEL. Eh! qué hay? Juan? Calla, si ya no está aqui... Es cosa singular... He oido un grito que... (se levanta.) Me ha... estremecido... Va! va! estaria soñando... Pero ¿dónde diablos estará Juan? (da algunos pasos, tropieza con Maria.) Juan? ¿Qué es esto? Una muger! (se inclina y la mira.) Dios eterno! (llamándola.) Maria! (la levanta.)

MARIA. (volviendo en si.) Hijo mio!

BEL. (agitado.) Nuestro hijo! qué dices? ¿Cómo te hallas aqui?... junto á esta casa!! Dime, Maria.

MARIA. (mirándole.) Roque!.. (separándose de sus brazos.) Déjame, déjame, desgraciado!

BEL. (conmovido.) Vamos, Maria: apóyate sobre mi.

MARIA. (indignada) Sobre ti?... Huye...

BEL. Tú tiembles!.. ¿Qué tienes?

MARIA. (indignada.) Y qué te importa lo que yo tenga?

BEL. (temblando.) Pero dime que has venido á hacer á aqui?... Dónde está nuestro hijo?

MARIA. Nuestro hijo!!! quieres saber donde está? (agarrándolo del brazo y llevándolo hácia el torno.) Mira donde le he dejado.

BEL. (admirado.) Ah!

MARIA. (sollozando.) Si, condenado á vivir lejos de sus padres... Condenado á comer el pan de limosna...

BEL. (con desesperacion.) Mi pobre hijo!! Y te has atrevido á hacerlo?

MARIA. Lo he hecho. (mudando el tono de voz y con resolucion.) Pero no... Es mentira... Tú solo lo has hecho... ¿Quién ha gastado en un año mis ahorros? Quién ha traído á nuestra casa el desorden y la miseria? ¿He sido yo? ¿Quién ha consumido lo poco que tenia para alimentar á esa pobre criatura, ¿he sido yo?

BEL. Soy un infame... Pero antes de abandonar á mi hijo... de todo hubiera sido capaz! ¿Por qué no me dijistes que estabas reducida á ese extremo?... El trabajo lo hubiera remediado todo, y hubiera sabido variar de conducta!

MARIA. (con desesperacion.) Si; el trabajo puede remediario todo... Bien lo sé... Por eso yo trabajaba noche y dia desde que supe que se moria nuestro hijo si no se le ponía un ama. En un mes habia logrado reunir todo el dinero que se necesitaba para asegurar su existencia... Y habia logrado guardar este dinero donde nadie lo viera... Pero han entrado en nuestra casa; han descubierto mi tesoro y me lo han robado. ¿Sabes quién era ese ladron? El padre de mi hijo!

BEL. Yo era! Desgraciado de mi! Pero... tal vez pueda rescatarlo, ven conmigo... ven.

MARIA. (rechazándolo.) Contigo? Nunca.

BEL. Como!

MARIA. (rechazándolo.) Nunca, te digo... no te acerques á mi... no me toques... me horrorizo al verte! Te espantas de oirme hablar así, cuando he sufrido tus malos tratamientos sin quejarme? Yo entonces lo tenia á mi lado; entonces era yo sola la que sufria... era una pobre muger, desgraciada y me resignaba con la suerte... Hoy me has obligado á ser una madre cruel... y no sé quién eres, te desconozco.

BEL. (conmovido.) Maria!.. No... no puedo hacer-te comprender lo que pasa en mi corazon... Pero ya que te separas de mi... déjame que te pida una sola cosa. ¿Qué señas habré de dar para que me devuelvan á tu hijo?

MARIA. No te lo digo...

BEL. Por qué?

MARIA. Porque estás en un camino que no quiero lo siga nunca el hijo de mi alma.

BEL. (con cólera.) Maria...

MARIA. Mátame si quieres: no me importa!.. Qué puedo ya esperar!

BEL. (conmovido.) Y nada puede cambiar tu resolucion?

MARIA. Nada! Aunque fuera el último instante de mi vida, no te lo diria.

BEL. (enternecido.) Mira; si, he sido muy culpable hasta ahora; estoy bastante castigado para que aumentes mis tormentos... (á estas palabras Appiani aparece en el fondo del teatro, los examina, escucha, saca su cartera, y escribirá todo lo que Maria Juana ha puesto á su hijo para reconocerlo.) Así, cuando ambos háyamos muerto; yo, por la desesperacion y los remordimientos; tú, por la tristeza y el abandono... porque lo sé, Maria Juana, tú no puedes vivir sin él... entonces, ¿quién podrá decirle, ahí está tu madre... Una madre honrada que te idolatraba; y enseñarle la cruz, delante de la que debiera rezar por ti... No, Maria, no: eso es imposible. Maldiceme, pero déjame al menos la esperanza de unirme á ti, cuando á fuerza de trabajos y privaciones, pueda algun dia esclamar. «Aqui tienes tu hijo.»

MARIA. Bien, te lo diré, pero acuérdate que sin él no quiero volverte á ver...

BEL. Si... Con él, con él...

MARIA. (llorando.) Le he puesto un papel en el pecho en que está escrito. «Carlos Beltran.»

BEL. Qué mas, Maria?

MARIA. El relicario que lo habias comprado, y la cruz de box que estaba encima de su cuna.

BEL. Nada mas?

MARIA. Nada mas: á Dios! (se aleja por la izquierda.)

BEL. A Dios, Maria Juana! Yo te lo devolveré... (se va por la derecha.)

APP. (leyendo lo que ha escrito á la luz del farol.) «Carlos Beltran: un relicario y una cruz de box. (se dirige hácia la puerta de la inclusa.) Ya es mio! (tira de la campanilla.)

(Cae el telon.)

CUADRO III.

Sala bien amueblada de la condesa de Casa-Blanca, con puerta grande en el fondo. A derecha é izquierda, otras: la de la derecha abrirá para el teatro. En el mis-

mo lado, y en segundo término, una ventana. Al costado izquierdo, en segundo término puerta secreta pequeña. En el centro de la pieza, habrá un velador con un cofrecito encima: un camapé á su izquierda, un sillón de brazos en el fondo, y otro junto á la ventana.

ESCENA PRIMERA.

APPIANI y despues DOMINGO.

(Al levantarse el telon, se supone que aun es de noche. Appiani entra misteriosamente por la puerta secreta, envuelto en la capa y figurando traer debajo un bulto: examinando con detencion todo lo que le rodea, acércase poco á poco á la puerta del fondo para observar si alguno llega, y despues se dirige hácia la de la derecha, donde se queda detenido, en el momento que suena un campanillazo. El dia comenzará á clarear.)

DOM. (*entrando en la sala.*) Un campanillazo! pues es de la señorita para que acuda la doncella. ¡Qué temprano ha despertado hoy! En parte no lo extraño, porque la veo tan inquieta desde la ausencia del señor Appiani! (*suena otro campanillazo y acude apresuradamente la doncella.*) Vamos, dese usted prisa, Carlota, que la han llamado dos veces.

CAR. Dos veces! Jesús! Como me va á regañar... voy corriendo... (*entra por la puerta que corresponde á la habitacion de la condesa en la parte izquierda.*)

DOM. Pobre señorita, la tengo lástima! Lleva dos dias sin recibir noticias del señor Appiani y la encuentro tan desasosegada... (*distinguendo á Appiani que sale de la habitacion, y se coloca en el umbral de la puerta.*) Ah! está usted aqui? Dios mio! No le habíamos visto!..

APP. Calla, calla, que pueden oírte.

DOM. Tan ajeno estaba yo de que usted me escuchase... y se conoce que ha sabido usted penetrar aqui con tanto sigilo... ¿Quiere usted que anuncie á mi señorita la llegada de usted? Crea usted que se halla impaciente...

APP. No: acércate y responde. ¿Qué es lo que ha ocurrido durante mi ausencia?

DOM. La pobre señora ha llorado! Si, ha llorado mucho, sin que se la oyese mas que suspirar temiendo que hubiera muerto su hijo: y buen trabajo nos ha costado impedir que se marchase en busca de usted. ¡Como nos suplicaba que no la detuviéramos! Estoy seguro que los demas la hubieran dado ese gusto por compasion; pero como yo estaba aqui... y segun las órdenes de usted...

APP. Supongo que eso pasaria en los primeros dias: pero despues, qué ha hecho?

DOM. En efecto, las cartas que recibia de usted la tranquilizaron algo... Pero como estos dos últimos dias le han faltado, ha vuelto de nuevo á su abatimiento.

APP. Está bien.

DOM. Y por cierto que segun el modo de llamar no se presenta hoy de mejor humor... La vemos tan abatida!

APP. (*con frialdad.*) Está bien.

DOM. Pero no la trae usted buenas noticias?

APP. (*con altivez.*) Usted no tiene que preguntar nada...

DOM. (*bajando la cabeza.*) Dispense usted mi indiscrecion: mi interés por la señora...

APP. Con que nada mas ha ocurrido? ¿Estás cier-

to?... Dime, ha tenido alguna visita?

DOM. Ninguna: me previno que no recibia á nadie.

APP. Y cartas?

DOM. Cartas! ah! si, de un caballero llamado don Eduardo, que si no me equivoco es pariente suyo. Lo sé casualmente, porque como le contestó al punto, y tube que llevarle la respuesta...

APP. (*ap.*) Eduardo! Eduardo! ya adivino lo que contendria esa carta... No hay duda... ha esperado que pasase algun tiempo de la muerte de su marido, y ahora le pedirá permiso para visitarla... Mas, felizmente, el primito ha dado principio á su obra demasiado tarde!

DOM. Tiene usted algo mas que preguntar ó que mandarme?

APP. Si, una cosa te mando: que no te separes de por aqui. (*Domingo se entretiene en arreglar los muebles.*) (*ap.*) Vamos que no es mala batalla la que va á trabarse entre los dos, señor don Eduardo! Guerra por cierto extraña, apoyados ambos por la condesa... (*en alta voz.*) Domingo...

DOM. (*acercándosele.*) Qué me manda usted.

APP. Si acaso la señorita te preguntase si me has visto ó sabes de mí, acuérdate de decir que no; que no he vuelto: lo entiendes?

DOM. Y tanto como me acordaré; descuide usted que yo sé cumplir con mi deber. (*Appiani se retira por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

DOM. (*solo.*) Que dijera que no lo habia visto... que no habia vuelto... pero del niño que se hallaba agonizando en casa de su nodriza, no ha dejado traslucir ni una palabra; y como el señor Appiani gusta tan poco de que le hagan preguntas! Yo hubiera deseado saber... porque á la verdad no deja uno de tomarse interés... Digo! y cuando de su vida está pendiente que la señorita pierda tantos millones... Por otra parte, el señor Appiani no ha de ser tan tonto, que queriendo casarse con ella, desconozca el interés que debe tener en que el niño viva... y es sabido que si muriese, esos bienes recaerian en la familia del difunto conde... Oh! si, vivirá, vivirá; buen sastre es el tal Appiani para que desperdicie sus conocimientos en la profesion!.. Ya logrará resucitarlo...

ESCENA III.

CARLOTA, SOFIA y DOMINGO.

SOF. (*á Carlota que sale oportunamente por la derecha.*) Escucha, Carlota. Si esa jóven que me recomendastes es tan desgraciada como has dicho y tan honrada...

CAR. (*con entusiasmo.*) Ah! Señora: puede usted descuidar en cuanto á sus cualidades; mi prima Margarita responde de ella...

SOF. Pues bien, en ese caso que venga hoy mismo; dila que la recibiré con gusto. (*Al tiempo de marcharse la doncella, Sofia mira á Domingo y le pregunta.*) ¿No ha venido todavia nadie? ¿No has sabido del señor Appiani?

DOM. (*tembloroso.*) Señora, no ha venido nadie.

SOF. Cielos! (*Domingo pasea por el fondo del tea-*

tro.) Dos dias, dos dias enteros sin tener noticias de mi hijo, y aun me prohiben salir á averiguar!.. (*siéntase en el camapé.*) ¿Por qué no he de poder volar á donde se encuentra? Por esta última carta recibida de Appiani, no puedo concebir si no vagas esperanzas. (*saca del bolsillo una carta y lee.*) «Ya comprendo las penalidades de usted, estando separada de su hijo; mas viva en la confianza de que no le faltarán los cuidados que son consiguiertes á la ternura de una madre, ni los secretos mas eficaces de la ciencia.» Dice bien, le salvará! ¿Pero qué misterio encierra su silencio? ¿Cuál será el motivo de no escribirme en dos dias?

DOM. (*dirígese á la puerta de la izquierda, porque siente pasos, y vuelve hácia Sofia, anunciando.*) El señor don Eduardo de Sandobal...

SOF. (*sorprendida.*) Que pase adelante... y retire. Lo esperaba!.. y sin embargo, parece que las fuerzas me abandonan... estoy temblando...

ESCENA IV.

SOFIA y EDUARDO.

EDU. (*tomando la mano de Sofia al entrar.*) Sofia! querida Sofia? (*deteniéndose un poco soltando la mano.*) Dispensame el atrevimiento...

SOF. (*con afectada calma.*) ¿Y qué necesidad tienes de pedirme perdon? ¿Cómo habia de llevar á mal que tomases mi mano? ¿Por ventura no eres, Eduardo, el amigo y compañero de mi infancia, el pariente mas cercano de mi difunto esposo?

EDU. De tu esposo! puesto que Dios le llamó á sí, olvidemos el mal que me ha causado...

SOF. Aludes á la herencia; á esa fortuna que la injusticia de una tia le proporcionó; pero sabe que tu primo al espirar quiso...

EDU. Ni una palabra siquiera; no digas una palabra mas... ¿Sabes, Sofia, que no es esa pérdida la que pesa sobre mi corazón? Oh! la fortuna! ¿Y qué me importa esa fortuna? Yo le habria cedido tambien la que con tantos trabajos he logrado adquirir; se la hubiera entregado, con tal que me hubiese dejado el único tesoro, la sola dicha que ambicionaba en la vida! Mas ¿para qué repetir lo que sabes demasiado?... Bien puedes figurarte que no era para hablar de dinero para lo que te pedia en el billete de ayer una entrevista, pues queria decirte que el amor que te he profesado desde la infancia, no se ha apagado con los pesares; antes bien, encendido por el dolor se ha aumentado con la desesperacion á que me veo reducido: que hoy lo mismo que ahora un año, mi felicidad depende de tí; y hoy como ahora un año, mi vida se halla depositada en tus manos.

SOF. Y yo preferí verte, á contestar á tus renglones, para poder yo misma endulzar la amargura de tu corazón, y darte valor...

EDU. Valor dices, Sofia! Hubo un tiempo en que creia necesitarlo: despues he padecido tanto, tanto, que me parece no tengo ya mas desventura que llorar, y he conseguido no temer al infortunio...

SOF. Eduardo. (*con emocion.*) Se que hay corazo-

nes sobre la tierra á quienes el cielo somete á pruebas crueles! Yo te ruego que no me hables mas de amor, porque desgraciadamente no soy libre... (*siéntase á la izquierda de la escena.*)

EDU. (*de pie á su lado.*) Gran Dios! pero no, es imposible!..

SOF. Amigo mio... (*colócase la mano en el corazón.*) Siento mucho tu dolor, y te compadezco...

EDU. (*con amargura.*) Te compadeces de mi!

SOF. Si, Eduardo. Conozco lo que sufres por mi causa. Pero ah! tambien mi rostro está pálido y marchito!.. muchas lágrimas han corrido por mis mejillas... y he visto destrozada mi alma por los sufrimientos mas dolorosos!

EDU. Has llorado?

SOF. (*sonriendo de pena.*) Oh! si, acabo de hacerte una revelacion estraña?... No me hacia suspirar la falta de una gran fortuna, porque era millonario el marido que me vi obligada á aceptar... (*con sentimiento.*) y sin embargo, el cielo es testigo de que durante su enfermedad, he sabido pasar muchas vigiliass á la cabecera de su lecho, rogando por el esposo que me habia sido impuesto... por el padre de mi hijo.

EDU. Pero su muerte no te ha dejado en libertad?

SOF. Escucha. (*Eduardo se sienta á su lado.*) Yo no me encontraba sola al lado del conde; durante su agonia hubo un hombre que le prodigaba los mayores cuidados... el médico Appiani su último amigo... (*Appiani entreabre un poco la puerta por donde habia entrado y escucha.*)

EDU. Appiani?

SOF. Lo conoces?

EDU. No... ó tal vez... pero sigue, sigue.

SOF. Junto á mi velaba por los dias del moribundo, cuyas últimas horas procuraba alargar: una noche, pocas antes de morir, tomó el conde mi mano, y colocándola sobre la de Appiani, me dijo: «si cuando yo no exista, necesitas una persona que te sirva de apoyo en el mundo, acuérdate de este.»

EDU. Y á eso se reduce tu compromiso?

SOF. Espera... algun tiempo despues salí para Francia, con el objeto de distraerme; y á la vuelta, tal vez las fatigas del viaje, y las noches pasadas sin dormir; apresuraron la época en que mi hijo debia ver la luz primera; todos temieron que juntos perderiamos la vida...

EDU. El cielo no lo ha querido asi.

SOF. Es verdad que Dios no ha querido se cumpliera aquel temor... pero mi hijo necesitaba disfrutar de aires mas puros que los que corren por Sevilla, y lo arrancaron de mis brazos cuando apenas lo habian contemplado mis ojos, cuando apenas tuve tiempo de estrecharlo contra mi corazón! Se lo llevaron lejos de mi, y desde aquel aciago dia, hace ya mas de un mes que mi debilidad y las órdenes del médico me tienen aquí encerrada... Una mañana me anunciaron que se moria sin remedio... ¿Comprendes? Y en medio de mi desconsuelo, ciega y frenética por mi dolor, llamé á Appiani y le dije: «corra usted, corra usted á su lado, ya que me ama: salve usted la vida preciosa de mi hijo, y despues será suya!..

EDU. (*levantándose turbado.*) Como! De esa manera dispusiste de tu corazón?

SOF. (*levantándose.*) Y el cielo secundó los esfuer-

zos de Appiani... pero mis temores han vuelto á reproducirse, porque... hace dos dias...

ESCENA V.

Los mismos y APPIANI.

APP. (*entrando.*) Hace dos dias que su hijo de usted se ha salvado.
 SOF. (*con alegría.*) Dios mio! salvado!
 EDU. (*contemplando á Appiani, ap.*) No me cabe duda... es él.
 SOF. (*á Appiani.*) ¿Con que dice usted que lo ha salvado?
 APP. Si señora: y para que no tenga duda alguna, la diré... que se halla en estos instantes cerca de aqui.
 SOF. Dónde? dónde? digamelo usted... (*corre vivamente hácia el aposento que le indica Appiani, el cual se apresura á seguirla.*)
 EDU. (*deniéndole.*) Dispense usted que le haga una pregunta, caballero.
 APP. Qué tiene usted que decirme?
 EDU. Es posible que usted no me conozca?
 APP. (*sobresaltado un poco al fijar en Eduardo la vista.*) Sino me engaño, usted... es amigo ó pariente de la condesa...
 EDU. Pero no es el amigo ó pariente de la condesa á quien puede usted reconocer, porque cuando nos encontramos en Ferrara, no me vió usted mas que de paso, y mi nombre le fué enteramente desconocido...
 APP. (*repasando la memoria.*) En Ferrara dice usted... no me acuerdo...
 EDU. O mas bien le conviene á usted no acordarse.
 APP. Lo que usted quiera.. es decir que á mi me agrada olvidar esa entrevista, así como á usted le place no acordarse de cuál es su posicion en este sitio...
 EDU. Y qué quiere usted decir con esas palabras?
 APP. Que ama usted á la condesa de Casa-Blanca... pero que esta señora, como le dijo á usted hace pocos instantes, se halla comprometida...
 EDU. Luego sabe usted que me ha comunicado sus secretos?
 APP. (*con hipocresia.*) Si, por una casualidad: porque me encontraba detrás de aquella puerta, (*la señala.*) velando por su felicidad, por la vida de su hijo, y no era oportuno presentarme cuando esa señora se dignaba hacer tan cumplido elogio de mi conducta.
 EDU. Mas claro: que tubo usted el capricho de escuchar la conversacion.
 APP. (*enojado.*) Caballero! (*mudando de tono repentinamente.*) Señor don Eduardo, un amor, de cualquier clase que sea, es mirado con desvio por la mujer que tiene su corazon ofrecido á otro hombre; y la presencia del resentido por este amor desgraciado, suele calificarse de importuna aun por la misma que recibe sus inciensos... Le creo á usted con sobrada experiencia para que deje de saberlo... y bien puede conocer, que eso de disputar el puesto á un rival protegido, empleando al efecto la malevolencia ó la calumnia, es una accion poco noble, poco decorosa... repito que no debe ignorarlo... (*Hácele un saludo y se retira por la puerta donde lo hizo Sofia.*)

ESCENA VI.

Eduardo y despues MARIA JUANA.

EDU. Tamaña audacia me ha confundido! Apesar de sus bravatas, se ha turbado al verme... Oh! estoy ahora mas seguro de que es él; pero ¿de qué manera desenmascararlo? (*Domingo llega conduciendo á Maria hasta la puerta.*)
 DOM. Siéntase usted un poco, que voy á pasarle recado á la señora condesa. (*vase.*)
 EDU. (*ap. sin reparar nada.*) Pero habré de abandonar á Sofia en manos de ese hombre: no puede ser.
 MARIA. (*levantando la cabeza.*) Esta voz no me es desconocida.
 EDU. (*andando.*) Si, me aparto de esta casa por ahora, señor de Appiani; pero pierda usted cuidado que yo volveré... (*se marcha con presteza.*)
 MARIA. (*dando algunos pasos hácia él.*) Señor de Sandobal... Se marcha... ah! ¿Cómo no me ha de haber conocido? Lo que puede la miseria! No, no hay peor desdicha en el mundo que ser pobre... y gracias á Margarita que me ha recomendado á esta casa; donde hallaré una colocacion con que mantenerme!.. (*mirando el adorno y muebles de la sala.*) Qué lujo! qué grandeza! Sin duda los que la habitan deben ser dichosos... Dios quiera que mi pobreza no les asuste, porque á los ricos les digustan siempre las quejas del desdichado, y la vista de sus lágrimas les incomoda... Ah! saquemos fuerza de flaqueza para fingir la sonrisa del tiempo en que vivia feliz Maria Juana...

ESCENA VII.

MARIA JUANA y SOFIA.

SOF. (*entra muy satisfecha.*) Lo he visto!.. lo he abrazado!.. ya estoy contenta! Si, muy contenta... (*viendo á Maria.*) ¿Es usted la jóven que me han recomendado? Acérquese usted.
 MARIA. (*acercándose con timidez.*) Si señora, soy... (*fijando los ojos en Sofia.*) Pero... si no me engaño... usted es la señora condesa de Casa-Blanca?..
 SOF. Me conoce usted? Esas miradas... calla!.. yo tambien quiero traer á la memoria... esa fisonomia... ¿Es usted la jóven que se casó el mismo dia que yo?
 MARIA. Ahora un año, poco mas ó menos?...
 SOF. Si, ese tiempo hará.
 MARIA. Y qué nos encontramos en San Juan de Alfarache?
 SOF. Maria Juana! (*mirándole el vestido.*) Pobre Maria Juana!
 MARIA. Dice usted bien: pobre Maria Juana! Le llama á usted la atencion mi trage! Y si fuera eso solo de lo que carezco! Pero ni aun siquiera tengo que comer... Mas de treintahoras hace que no pruebo alimento alguno...
 SOF. Y por qué no ha venido usted á buscarme? Necesitaba usted recomendacion para llegar á mi? Estando tan necesitada... Cuanta no hubiera sido mi satisfaccion por socorrerla!
 MARIA. La creia á usted lejos de aqui... Viajando... Por fortuna no me da vergüenza contar á usted mis desgracias, y hubiera venido á verla...

SOF. Oh! qué placer tan grande para mí!

MARIA. El cielo me escuchó cuando le pedia por usted... Y al fin la encuentro rica, dichosa... No es cierto?

SOF. (*bajando los ojos.*) Sí... feliz!... Tan solo por que tengo un hijo...

MARIA (*llorando.*) Y qué mas se puede apetecer en la vida?

SOF. Maria Juana, que tiene usted?

MARIA. Que he perdido al hijo de mis entrañas!

SOF. Pero, cómo, muerto?

MARIA. Oh! no, no, vive... Pero no tengo fuerzas para decir...

SOF. Hable usted, hable usted, yo se lo suplico.

MARIA. (*cobrando aliento.*) Pues bien: hay un asilo para los hijos... donde las madres ingratas...

Ah! Yo no soy ingrata, señora, y sin embargo...

SOF. Qué dice usted? infeliz!

MARIA. (*con desesperacion.*) No, Dios mio! No he sido yo quien lo ha abandonado... La miseria!...

SOF. La miseria! Privarse una madre de su hijo!... Eso es horroroso!...

MARIA. Horroso!... dice usted bien.

SOF. Pero hoy mismo saldrá de allí... porque...

MARIA. (*con admiracion y júbilo.*) Ah! Señora! repítamelo usted... Será verdad?

SOF. Si, es preciso recobrarlo hoy mismo... Al instante...

MARIA. Recobrarlo! No sé de qué manera? Yo no puedo... No tengo medios para alimentarlo despues...

SOF. Yo se los proporcionaré á usted.

MARIA. Usted! Señora! Tanto favor!...

SOF. (*sacando dinero del cofrecito que hay sobre el velador.*) Tome usted, Maria Juana, para sus alimentos.. Y cuando necesite mas...

MARIA. (*recibiendolo.*) Ay! Volverlo á abrazar y besarlo!... Cuando me creia separada de él para tanto tiempo... Para siempre!

SOF. Y lo traerá usted á mi lado... Aquí... Donde nadie se lo arrancará...

MARIA. Gracias, mil gracias. Estoy tan poco acostumbrada á encontrar proteccion... Que mi cabeza se desvanece con la alegria, y no tengo voces con que espresar á usted mi reconocimiento... No, no puedo decir á usted lo que siente mi corazon. (*haciendo un esfuerzo.*) El cielo me proporcionó la dicha de conoceros en la iglesia... No tengo mas que una vida, pero si fuera preciso sacrificarla en obsequio de usted, la daria de buena voluntad. (*vase de prisa.*)

ESCENA VIII.

SOFIA y despues APPIANI.

SOF. Madre infeliz! Gracias os doy, Dios mio, por haberla guiado á mi casa. (*adelantándose hácia Appiani.*) Lo han colocado ya en esa pieza? (*señala la puerta de la derecha que estará abierta.*)

APP. (*entrando.*) Si señora, pero exige todavia mucha precaucion y cuidado...

SOF. (*aproximándose hácia la puerta.*) Angel mio! Ha sufrido tanto! (*vuélvese á la escena.*)

APP. Muchas veces el estado de su salud me ins-

piraba temores... Una fiebre ardiente iba consumiéndose con lentitud su delicada vida...

SOF. (*interrumpiéndole.*) Si, solo la inteligencia de usted y la proteccion divina lo han salvado.

APP. Siguese á aquella un abatimiento... Una debilidad tan grande, que lo hubieratenido usted por muerto.

SOF. Ah!

APP. Despues corrió una segunda crisis mas violenta y terrible que las demas... Yo vi sus pálidas mejillas colorearse de repente; sus ojos abatidos y tiernos adquirir de pronto brillantez, y abrirse sus labios con esfuerzo, como para invocar el nombre de su madre...

SOF. (*sollozando.*) Basta, no prosiga usted.

APP. Pero... Mírelo usted ahora en ese lecho, tranquilo... Sonriéndose... (*se acerca á la puerta.*)

SOF. Si, salvado! por usted á quien cumpliré mi palabra...

APP. Esa promesa asegura la felicidad de toda mi vida... Yo no se la hubiera exigido nunca, porque esperaba escucharla de sus labios... Lo esperaba con la mas viva ansiedad...

SOF. Y dudará en adelante?...

APP. No he dudado jamás!... Pero es una dicha tan grande para mí, que no podia menos de...

SOF. Debo á usted la vida de mi hijo... Y este título es á mis ojos el mas sagrado para una madre...

ESCENA IX.

Los mismos, y MARIA JUANA.

MARIA. (*entra en el mayor desorden.*) Robado! robado!

APP. Qué voces son esas?

SOF. Qué le ha sucedido á usted? Qué tiene usted, Maria Juana?

MARIA. Dios mio! Qué he de tener? No lo ha oido usted? Lo han arrebatado de allí!... Lo han robado!...

SOF. Y qué han robado?

MARIA. Mi hijo.... Mi hijo....

APP. (*ap.*) Qué querrá de nosotros?

SOF. Lo han robado?

MARIA. Me han privado de lo que mas queria!...

APP. Pero el robo ha sido en su casa de usted?

MARIA. No, en mi casa, quién se hubiera atrevido á arrancármelo!.. Lo hubiera abandonado nunca?... La miseria es la que me obligó á dejarlo...

APP. (*un poco turbado.*) A dejarlo?

MARIA. Y cuando loca de placer corriá sacarlo... llego, llamo y pregunto por mi hijo... perome respondieron que habia venido un hombre, y dando las señas necesarias, el relicario, la cruz de box, su nombre... todo, todo... Se lo llevó apresuradamente...

APP. (*ap.*) Era ella!

MARIA. Yo no queria creerlo... me parecia imposible, y estuve porfiando hasta que me dejaron entrar para que me cerciorase. Pero no estaba, no estaba ya mi hijo... Entonces perdí el conocimiento... y cómo sali, cómo he venido á esta

casa, y me encuentro al lado de usted, no lo sé todavía... Ni lo que me pasa...

SOF. (*enternecida.*) Parece imposible, Appiani, que existan almas capaces de cometer semejante crimen!...

APP. Yo espero que al fin lo encontrará usted... Mas es preciso...

MARIA. Yo... Sin recursos... Una muger del pueblo... Ah! ni querrán escuchar mis súplicas... Me despreciarán... Solamente por ser pobre...

SOF. Pero yo tengo amigos que nos servirán, y lograremos que se lo devuelvan.

MARIA. (*sollozando.*) Sí; usted me ayudará, lo creo: es usted compasiva, y ahora mas que nunca necesito de una persona que se interese por mí...

SOF. Yo se lo prometo á usted. Qué! No comprendo la fuerza de ese dolor? No soy madre también? (*señala á la derecha á la pieza donde está su hijo.*)

MARIA. (*asómase á la puerta, y como reconociendo á su hijo, hace una exclamacion.*) Ah!

APP. (*colocado ya en la puerta.*) Atrás! No pasa usted.

MARIA. (*admirada.*) Cómo?

APP. (*con furia.*) Atrás le digo! (*la condesa se coloca también en la puerta.*)

MARIA. (*señalando adentro.*) Es él, mi hijo!

SOF. (*admirada.*) Cielos!

APP. (*titubeando, ap.*) Qué haré? Ah! (*tira con fuerza de la campanilla, cuyo cordon caia á la puerta.*)

MARIA. (*gritando.*) El mio, está aquí! (*entran los criados.*)

APP. (*á los criados.*) Sujetad á esta muger que está loca! (*los criados se apoderan de ella y la llevan hácia la puerta del foro.*)

MARIA. (*destrozándose la frente con las manos.*) Yo loca! Yo loca! (*arrastrada por los criados.*) No estoy loca! Ese es mi hijo!

Cae el telon.

CUADRO CUARTO.

(Salon que sirve de parlatorio en el hospital de San Marcos en Sevilla. En primer término, puertas á derecha é izquierda: la del fondo así como la de los costados estarán abiertas. A la izquierda una mesa con recado de escribir y una campanilla: dos sillones y varias sillas.)

ESCENA PRIMERA.

APPIANI y un ENFERMERO. *Entran por la puerta del fondo.*

APP. Con que me dice usted que María Juana...

ENF. La pobre muger ha pasado toda la noche en una lucha continua, destrozándose el cuerpo, y gritando que no está loca.

APP. Lo mismo que hacen y repiten siempre todos los que han perdido el juicio, no es verdad?

ENF. Se equivoca usted, no lo hacen todos.

APP. Pero al menos, algunos... Por otra parte, su demencia se halla reconocida por mí, y dentro de poco lo será por el facultativo de este hospital.

ENF. Ahora me mandó para que observase los síntomas que presenta, y tengo que volver á darle cuenta de ellos.

APP. Con que ha confiado á usted esa comision? Pues bien: yo me intereso por la pronta curacion de esa infortunada, y creo permita usted saber los medios que se emplean con ese objeto.

ENF. Se conoce que tiene usted un corazon compasivo.

APP. Como que espero que nos entendamos... Los síntomas que usted ha advertido convendrán, por fortuna, con los que yo habia notado antes de que por mi orden la condujesen á esta casa.

ENF. Desasosiego... Mucha inquietud... Algunos accesos de rabia...

APP. Eso... Eso mismo... Yo aguardo de su amistad... En fin, debo tener en usted confianza... Aunque sabido es por desgracia que esa jóven está loca... Tome usted ese corto obsequio. (*le da algunas monedas de oro.*)

ENF. (*ap.*) Me dá oro! (*alto.*) Aprecio su escelsiva generosidad... (*se las guarda.*)

APP. Ya le he dicho cuanto nos interesamos por María-Juana... Váyase usted á sus quehaceres, y cuenta con no olvidar lo que hemos convenido.

ENF. Pierda usted cuidado.

APP. Se me olvidaba... Dígale usted al facultativo que deseo hablarle, y le estoy aguardando.

ENF. Ahora mismo.

(El enfermero sale por la puerta del fondo y se encuentra con Juan Perez á quien indica con la mano donde se halla Appiani.)

ESCENA II.

APPIANI y despues JUAN PEREZ. *Este permanecerá algun tiempo en la puerta.*

APP. Todo marcha mejor de lo que yo esperaba; y las palabras «está loca,» que pronuncié en el primer instante de mi turbacion, me han servido perfectamente... Si, está loca, y lo estará para todo el mundo, porque ya cuidaré yo de asistir al reconocimiento del facultativo... Vamos, Appiani, que lograrás al fin un buen matrimonio, aunque te cuesta demasiado caro... Tienes que sostener una lucha constante con Eduardo, con ese rival poderoso, pasar mil temores y peligros, y además...

PER. (*entrando.*) Pagar seis mil reales que debe usted contarme ahora mismo uno por uno... Ya que por fortuna he dado con usted...

APP. Qué quieres aquí?

PER. O trescientos pesos fuertes que es una cosa equivalente.

APP. (*mirándole con atencion, ap.*) Ah! es él! (*alto.*) Y quién eres tú? No te conozco.

PER. Que quién soy? No traigo conmigo la partida de bautismo, pero le refrescaré pronto la memoria: le relataré C. por B. mis nombres, y cualidades.

APP. Y á mí, qué es lo que me importan?

PER. Si, que le importan mucho, y á mi también... (*se sienta.*) Juan Pedro Antonio Diego Nicolás Perez Piedra Prieto, estos son mis

nombres y apellidos... En cuanto á mis cualidades, es cosa de examinarlas con despa-
cio... Tengo tan buenas cualidades!

APP. Vamos, abrevia la relacion, porque me es-
tán esperando.

PER. (*mudando de tono.*) Tiene usted mucho que
hacer? (*se sienta.*) Pues seré breve: me reduci-
ré á cortas palabras. Yo soy el hombre de
quien se yalió usted para que le proporci-
nase un niño... Y cuando el ajuste estaba for-
malizado, ha dado el golpe sin contar con-
migo; ó lo que es lo mismo, me ha arrancado
usted el pan de la boca... Y he aqui porque le
reclamo seis mil reales de vellon. Me ha en-
tendido usted ya?

APP. Y eso es todo lo que tenias que decirme?

PER. Si le he pedido poco, usted puede demos-
trar su rumbo...

APP. Sabes con lo que te pago?

PER. (*interrumpiéndole.*) Yo tomo aunque sean
billetes...

APP. Con despedirte como has venido: me mar-
cho, á Dios!

PER. Cómo marcharse? (*cambia de tono.*) Pero
sí, váyase usted, no me dá cuidado: desde
aquí me encamino á casa de don Eduardo, y
á la de la condesa de...

APP. (*con enojo volviendo.*) La condesa de Casa-
Blanca! Pues qué, sabes...

PER. Toma! Lo sé todo: sé que le ha llevado
usted el hijo de Maria Juana por el suyo, que
habia muerto, á fin de lograr un buen ma-
trimonio...

APP. (*ap. con tristeza.*) Este picaro puede ven-
derme.

PER. Y en los instantes de terminar ese apeteci-
do asunto, es cuando repara en tristes seis
mil reales? Eso daría una idea mezquina de la
generosidad de usted.

APP. Habla mas bajo, desgraciado!

PER. Bien: usted lo ha hecho sin contar con-
migo, pero se ha perjudicado sin saberlo, por-
que yo iba al olorcillo del dinero, y he se-
guido sus pasos... Una vez en camino, con
las noticias que pude adquirirme, en breve
adiviné lo demás, y esperé... Juan Perez, de-
cia para mi sayo; te han arrebatado tres-
cientos duros por bobo, mas descuida que ese
mismo revés te ha de proporcionar diez mil
reales.

APP. Calla! calla! miserable!

PER. (*alzando la voz y levantándose.*) Ah! es que
no puede usted imponerme silencio como á
ella, ni mandarme encerrar tan villanamen-
te... Gracias á Dios, tengo sano mi juicio para
echárselo á usted en cara, y con dificultad
me haría usted pasar por una madre des-
graciada que ha perdido la razon.

APP. Y si te diese lo que me pides, ca-
llarias?

PER. De forma que si usted me pagase... En
cuanto haya tocado los seis billetes de á
mil...

APP. Pues te lo prometo... Los recibirás.

PER. (*ap.*) Que le haya pedido tan poco!

APP. Pero no quiero dartelos anticipados... Los
tomarás el dia de mi boda.

PER. (*llevándose la mano al pecho.*) Basta la pa-
labra.

APP. Me harás traicion alguna vez?

PER. Descuide usted, y fie de mi, que si he sa-
bido hacerme el ciego en un lance critico,
ahora me haré el mudo, aunque no seamas que
por mi interés personal; y por el ódio que pro-
feso á ese hipócrita Beltran, que ha tenido la
bajeza de volverse á dedicar al trabajo, y me
ha arrojado de su casa fingiendo...

APP. Es asunto concluido...

PER. Bueno: y lo que es esta vez estoy seguro
de no sufrir otra jugarreta como la anterior...
El dia del casamiento me tiene usted á su
lado para reclamarlos... (*echando una mirada
sobre la persona.*) Pero mal he dicho: yo no
puedo presentarme en casa de usted con esta
chaqueta con los codos de fuera... Y dá la ca-
sualidad que no tengo mas ropa...

APP. (*dándole su bolsillo.*) Toma, hombre, no llo-
res miserias, y déjame: ya sabes cuando has
de venir por el resto.

PER. Por el resto! Qué es lo que me dice usted?
Quiá! esto no entra en cuenta... Lo necesito
para mis proveedores de telas, de lienzo, y
frasquitos de esencia, y para los concienzudos
sastres... En fin, para hacer á usted la corte
aquel dia.

APP. (*escuchando.*) Alguien viene; vamos, ve-
te ya.

PER. Hasta la vista, generoso amigo. (*vase.*)

APP. Tengo vencido un obstáculo no pequeño,
logrando acallar con dinero á estemaldito; me
resta el de Maria-Juana, pero me anima la
confianza de que no me dará mucho que tem-
er, puesto que su médico es un buen hom-
bre, segun dicen, y lograré interesarlo en mi
favor... Veamos el medio; aqui se acerca si
no me engaño.

ESCENA III.

EL MEDICO Y APPIANI.

MED. (*entrando por la puerta de la izquierda.*) Es
V. el caballero que deseaba hablarme?

APP. Yo soy. (*el Médico le indica que tome asien-
to.*) Vengo en nombre de la Condesa de Casa-
Blanca y en el mio, á recomendarle muy efi-
cazmente una enferma.

MED. Mis cuidados y puntual asistencia son igua-
les para con todos los que la fatalidad condu-
ce á esta casa.

APP. Lo sabemos, pero no he vacilado en venir
á decirle, que en esa cura que supongo larga,
no economice V. ningun género de sacrificios...
cuanto para ello se necesite...

MED. Perdone V. que le interrumpa. Soy facul-
tativo del establecimiento hace muchos años:
disfruto de un sueldo proporcionado; y con
objeto de tener iguales cuidados con todos
mis enfermos, me he impuesto la obligacion
de no aceptar dinero alguno bajo ningun
concepto...

APP. (*ap.*) Si no me habrá entendido? (*alto.*) Oh!
La probidad de V. es muy conocida... y solo
queria hablar, aunque quizás no me haya es-
presado bien, de los gastos extraordinarios
que puedan originarse... Pues, ya tenia yo
el gusto de conocer á V. mucho tiempo hace,
sin embargo de hallarme lejos de la encan-
tadora España...

MED. (con amabilidad.) Con que tenia V. noticias de mí?

APP. Yo tambien soy médico, y durante el estudio de nuestra facultad repetimos con elogio el nombre de un español tan acreditado en ella.

MED. (contento.) Mi nombre! (ap.) Gracias al cielo se empiezan á apreciar los trabajos de los españoles!

APP. (ap.) Este me parece que es el camino. (alto.) Si, no lo dude V., deseaba llegar á Sevilla, para estrechar su mano con la mia.

MED. (dándole la mano.) Desde hoy me contará en el número de sus verdaderos amigos.

APP. (ap.) Oh! al menos por hoy te tengo á mi favor. (alto.) Y volviendo á la pobre Maria-Juana: aunque acudí muy luego á asistirle, su estado exige, como lo conocerá V. mejor que yo, un método de observacion constante, y una cura radical y penosa.

MED. Eso mismo sospeché ayer desde que la vi entrar...

APP. Porque su demencia es de esas que engañan á primera vista, especialmente á un profesor novel... mas ya habrá V. sabido el destrozo que se hace en el cuerpo... La infeliz tiene siempre una idea fija, una monomania perpétua; y habiendo perdido á su hijo, sueña encontrarlo en cualquiera parte... El último que vió era el de la condesa de Casa-Blanca, y la pobre acusa á tan noble y generosa señora, de quien ha recibido multitud de socorros, del robo mas inicuo y escandaloso.

MED. Conoce V. á la Condesa de Casa-Blanca?

APP. Hace un año que me nombró su médico, y como un mes que me encargué del cuidado de su hijo... infante de naturaleza tan débil y raquítica, que acaso para salvarle la vida, aun tenga que recurrir á los altos conocimientos de usted.

MED. Y me encontrará siempre á sus órdenes. (se levantan.)

APP. Tiene usted inconveniente en que examináramos ahora á esa desgraciada?

MED. Ninguno. (tira de la campanilla y acude el enfermero.) Que traigan á la joven que vino ayer... (vase el enfermero.) Los antecedentes que acaba usted de darme sobre el origen del mal de Maria Juana, me servirán de mucho para formar mi juicio.

APP. (ap.) Así lo creia yo: segundo triunfo!

MED. (mirando á la izquierda.) Ya se acerca. Sepárese usted de mí los primeros momentos.

ESCENA IV.

Los mismos y MARIA-JUANA, acompañada del enfermero que se marcha á una señal del Médico.

MARIA. (con semblante muy triste.) Ay! Compádecase usted de mí. (al médico.) Yo se lo suplico! Míreme usted, examineme bien: ya no me desespero, estoy resignada con mi suerte... pero defiéndame usted cuando quieran atarme en el cuarto, y mande que no coloquen sobre la cabeza esa nieve que pudiera trastornarme el juicio... Si, porque necesito conservar la razon hasta recobrar mi pobre hijo!

APP. (acercándose al oído del médico.) Ya lo vé usted; siempre con esa idea fija... (alto.) El hi-

jo que la robaron á usted, no es verdad?

MARIA. (reconociéndole.) Ah! Dios mio! Tambien aquí me persigue este hombre? El es, él quien desea perderme; él quien ha dicho que estoy demente, y aseguró que yo mentia y me engañaba al ver á mi hijo, como si el corazon de una madre pudiera nunca equivocarse...

MED. Vamos, sosiéguese usted: no ha sido este caballero el que la ha mandado traer á este sitio; he sido yo.

MARIA. Pues entonces, si no quiere hacerse cómplice en el crimen de que acuso á ese hombre, déjeme usted volver á mi casa.

MED. En este instante no es posible: tranquilícese usted... y... ya veremos...

MARIA. Cielos! tranquilizarme! Con que es decir que usted tambien me supone loca? Yo loca! oh! Estos médicos dicen que salvan al paciente, pero usted me asesina, me asesina sin compasion!

APP. Bien! Bien! (al médico en voz baja.) No le quedará á usted duda...

MARIA. (señalando á Appiani.) No, no crea usted lo que dice ese hombre, no lo crea usted... y para dar una prueba de lo sano que se halla mi juicio, haré un esfuerzo... Si, contendré mi cólera; olvidaré los atroces tormentos que me hace sufrir... olvidaré los que ahora padezco... todo, todo, para poder responder con calma, y que no diga usted como él, que mi cabeza está perdida... (poniéndose muy erguida.) Vamos, vámos, pregúnteme usted, estoy dispuesta á responder...

MED. Pues bien, Maria-Juana...

APP. (interrumpiéndole.) Por fortuna, ya la vemos á usted un poco mas cuerda, y como no deseamos mas que su pronta curacion...

MARIA. (despreciándole.) Mi curacion! no dice usted mal! porque esperaba usted que me encolerizaria de nuevo? Espere usted... que yo procuraré dejarlo burlado... (inquieta en Appiani.)

APP. Piensa usted que la tendrian en esta casa mucho tiempo, si respondiese siempre con la tranquilidad que ahora? Se conoce, Maria-Juana, que ha sufrido usted mas de lo regular...

MARIA. (con desesperacion.) Oh! Si, bastante he padecido!

APP. Y en medio de tanta desgracia, de la miseria á que se vé usted reducida, no recuerda el nombre de una muger compasiva y bienhechora?..

MARIA. Lo recuerdo.

APP. Y esa persona, no es la Condesa de Casa-Blanca?

MARIA. La misma... es verdad.

APP. Y cuando la admitió á usted de costurera en su casa, no le contó que ella tenia un hijo?

MARIA. Si.

APP. (con dulzura.) Y por qué, Maria-Juana, aquel niño que casi desde que vino al mundo está bajo mi vigilancia, no ha de ser de la condesa? Cómo se concibe que una muger cuyas prendas usted reconoce, puesto que alguna vez ha recibido socorros de ella, habia de admitirla en su casa, colocándola cerca de un niño que segun el dicho de usted se lo habian robado?

MARIA. (con desesperacion.) Yo no acierto cómo... no sé de qué manera lo hayan hecho... pero es la verdad que aquel es el mio! Si, el mio!

APP. (ap.) Bien! Bien! (alto.) Luego nos volveremos á ver, Maria-Juana... (al médico.) Vamos?

MARIA. (impaciente.) Que quiere decir luego? No, yo no puedo esperar mas aqui... no puedo... me moriria sin remedio.

APP. Tampoco la hemos dicho que permanecerá mucho tiempo, pues gracias al saber de su facultativo, no tardará usted en hallarse del todo tranquila... Entonces, reconocerá su error de hoy; comprenderá que sus padecimientos, sus crueles pesares, y mas que estos, una pérdida harto dolorosa, le habían hecho estraviar la razon.

MARIA. (con abatimiento.) Dios mio! Aun me cree loca! (llora.)

APP. (con tono afectado.) Y acudirá usted á nuestro lado, hallándonos dispuestos á tenderla la mano de amigos, á socorrerla y consolarla...

MARIA (con irónica sonrisa.) Si, socorrerme... consolarme... usted?

APP. (al médico.) Vamos.

MED. Sosieguese usted, que volveremos pronto.

MARIA. (viéndolos ir.) Si al menos eso fuera verdad! (vanse por la puerta del fondo.)

ESCENA V.

MARIA-JUANA.

Dicen que estoy loca. Tal vez mis infortunios, mi miseria, y lo que he sufrido, me hayan hecho perder el juicio!.. Además, recuerdo dijo ese hombre funesto, que mas que todo, una pérdida harto dolorosa habia estraviado mi razon... Oh! si mi hijo habrá muerto, y yo estaré con efecto loca! Pero no, no, si hubiera muerto, yo me habria muerto tambien! (se sienta á la izquierda de la escena.) Sin embargo, no se han de proponer todos engañarme... aquella señora es tan buena, tan caritativa... y se hubiera compadecido de la desesperacion y de las lágrimas de una madre desdichada!.. Pues no hay remedio... será verdad! Si, ahora conozco que mi cabeza se abrasa... ese trastorno fatal se apodera de mi alma!.. Mis recuerdos... son ilusiones... son mentira!.. Esta noche pasada en la puerta de la Inclusa... (reflexionando.) No, no, mentira! Aquel sacrificio impuesto por la miseria... aquella separacion atroz... la esperanza de volver á recobrarlo algun dia... (reflexionando.) Ilusion!.. ilusion no mas!.. (aterrorizada.) Con que estoy loca! Dios mio! para qué me habeis conducido á este estado? (oyese ruido de voces.) Ah! es la voz de Beltran... él me lo dirá...

ESCENA VI.

UN ENFERMERO, BELTRAN y MARIA JUANA.

ENF. (desde la puerta del fondo.) Ha conseguido usted entrar hoy... Pero mañana...

BEL. (entrando.) Lo mismo que hoy, majadero! Si es mi muger, quién podrá impedirme que venga á ver á mi muger?

MARIA. Beltran! cuanto deseaba verte, para saber...

ENF. Las órdenes superiores, y el hacerlas observar... Media hora le concedo á usted de plazo. (vase.)

BEL. (mirándola enternecido.) Pobre Maria Juana! Hallarte aqui tan desesperada!... (la abraza.)

MARIA. (inquieta.) Respóndeme...

BEL. A qué he de responder?

MARIA. Por piedad, responde... Donde te he visto la última vez?

BEL. Delante de la inclusa.

MARIA. Y qué es lo que te ofreci alli?

BEL. Perdonar mis pasados extravios con tal de que te recobrara por cualquier medio...

MARIA. Y qué has hecho?

BEL. Cumplir mi palabra como un hombre de bien, hasta donde he podido. Escucha: el maldito Perez vino á buscarme como siempre; mas despreciándolo como tú me despreciastes á mi por mis vicios, me encaminé al obrador en que antes trabajaba, donde me dijeron que ya no me daban dinero por mi mala cabeza. Me senté sin embargo á verlos en sus faenas, con la esperanza, que se compadecerian de mi, porque yo no les pedia dinero, sino trabajo en que ganarlo, para acostumbrarme de nuevo, y destrozarme los brazos con la fatiga, ya que lo estaba mi alma con las pesadumbres... trabajando tres veces mas que los otros oficiales... Al cabo, á disgusto del oficial mayor, me puse á ello y continué mi tarea...

MARIA. (con interés.) Eso me gusta: y despues, que hicistes?

BEL. Al dia siguiente al amanecer, ya estaba llamando en el obrador, y no dejé el trabajo hasta que llegó la noche, diciendo siempre para mis adentros; trabaja, Beltran, trabaja; esfuerzate ahora que necesitas volverle el hijo á Maria Juana, el hijo que la han robado. Y con este pensamiento seguia afanado, cuando levanto la cabeza y veo al maestro que me observaba atentamente... Debia tenerme lástima aquel hombre, porque me dijo:» Beltran, para un poco y descansa: no vés que estás fatigado con el sudor... Pero qué! se equivocaba... Eran mis lágrimas!

MARIA. Llorabas acordándote de mí?

BEL. Cómo he de descansar, maestro! le respondí, si mientras trabajo hay una muger que reclama su hijo? Si mientras aqui me afano, ella se queja abandonada, y acaso se morirá de pena? No, no habrá descanso interin no sepa que esa muger es mas feliz!

MARIA. Roque! amado Roque! Ya eres hombre honrado!

BEL. Entonces mi generoso maestro sacó un bolsillo con oro, y me puso sobre el banco todo el jornal de un año... De un año, Maria! Y sabes á donde me encaminé con el dinero?

MARIA. (agitada.) A aquella casa tan triste para los dos?

BEL. (con acento apagado.) Sí; y me dijeron que un hombre, despues de haber dado las señas necesarias, se lo habia llevado...

MARIA. Eso es lo que te han dicho? Pues... (con alegría.) Yo no estoy loca...

BEL. Supongo que ese hombre lo recojeria con tu consentimiento...

MARIA. Ah! no, yo no le he mandado, no lo he recojido...

BEL. (enfurecido.) Cómo! pues quién ha sido ca-

páz!...

MARIA. No sé mas, que nos lo han robado.

BEL. (*furioso.*) Si supiese su nombre, si...

MARIA. Aguarda, quiero enterarte de todo, para que comprendas lo que nos pasa... Cuando viniste aqui, no te habian dicho que yo estaba loca?

BEL. (*con desden.*) Si, pero no lo he creído.

MARIA. Y sabes por qué lo decian? Porque me presenté como tú en aquella casa, y me dieron la misma respuesta... Y luego ajustada de costurera con una señora, lo he visto en su casa, lo he reconocido... Roque, creeme, allí está nuestro hijo...

BEL. Estás segura de eso?

MARIA. Si no es cierto, confieso de una vez que mi cabeza está desquiciada.

BEL. Si, lo creo.

MARIA. (*muy satisfecha.*) Gracias que encontré alguno que me creyese.

BEL. (*furioso.*) Con que tratan de perdernos?...

MARIA. Si, pero lo descubriremos pronto.

BEL. Te olvidas de que somos jornaleros? Quién nos ayudará... ¿Quién saldrá á la defensa de derechos tan justos, viendo que somos pobres? Cansa tanto el pobre!... Y ademas... A mí me despreciarán por mi mala conducta, y á ti por estar en este sitio.

MARIA. Tranquilízate, yo saldré...

BEL. Cuándo?

MARIA. Muy pronto; si, estoy bien segura...

BEL. Por qué?

MARIA. Ahora lo sabrás...

BEL. Una palabra antes. Cómo se llama esa señora que me dijistes?

MARIA. La condesa de Casa-Blanca.

BEL. (*recordando.*) Ah! la condesa!... Corriente....

MARIA. (*viendo al Médico y despues á Appiani.*) Todavía con él! No me importa: yo acertaré el medio de engañarle.

ESCENA VII.

Los mismos, APPIANI y el MEDICO entran por la puerta del fondo.

APP. (*ap.*) Aquí la tenemos. (*alto.*) Quién es ese hombre? (*señalando á Beltran.*)

MED. (*á Appiani.*) Me dijeron que era su marido, y le permití la entrada. (*á María Juana.*) Vaya, parece que no le ha disgustado á usted la visita...

MARIA. Mi pobre Roque se entretenia en consolarme por la pérdida de nuestro hijo.

APP. Conque no se le borra á usted de la memoria?

MARIA. Cómo una madre puede olvidar el bien que ha perdido!... Ay!... La muerte!...

APP. (*mirándola sorprendido.*) Ha muerto?

MED. (*ap.*) Qué es lo que dice ahora?

BEL. (*en voz baja.*) Pero Maria, no te comprendo....

MARIA. (*en el mismo tono.*) Calla!

APP. En ese caso, reconocerá usted que el niño que vió en casa de la señora Condesa...

MARIA. (*recordando.*) El que he visto en casa de la condesa?...

APP. Si.

MARIA. Toma! era suyo!

APP. (*admirado.*) De ella!

MARIA. Pues de quien habia de ser?

APP. Si habia usted dicho que habia entregado uno en la inclusa y despues...

MARIA. (*finjiendo sorpresa.*) Yo he dicho eso?

APP. Si suponía usted que se lo habian robado....

MARIA. Qué! estaria delirando...

APP. Si lo reconoció usted y quiso abrazarlo...

MARIA. (*irónicamente.*) Jesus! no me acuerdo de nada...

APP. (*ap.*) Oh! es imposible! (*en voz alta al médico.*) No hay remedio... Su cabeza continúa en el mismo estado... Mirela usted, mire usted como se contraen sus facciones, y de qué manera se turba...

MED. (*observándolos á los dos.*) Dispénsame le diga, se halla usted mas turbado que ella en este momento.

APP. (*reponiéndose.*) Yo!

MED. (*ap.*) Lo comprendo todo. (*alto.*) Hable usted, Maria Juana, hable usted.

MARIA. (*dirigiéndose á Appiani.*) Ahora que he recobrado mi juicio, segun usted lo deseaba, traigo á la memoria ciertas palabras que me dijo hace poco: «Vendrá usted á nuestro lado, hallándonos dispuestos á tenderla la mano de amigo, á socorrerla y consolarla...» Por eso tan pronto como usted (*dirigiéndose al médico.*) me permita salir de aqui, á donde la excesiva bondad y filantropía de usted (*señalando á Appiani.*) me hizo traer...

APP. (*con viveza al médico.*) Salir...! Supongamos que tan de repente hayan los remedios producido su efecto, no le persuade la razon que fuera una imprudencia abandonarla en tal estado?

BEL. (*enardecido.*) Abandonarla! Oh, por fortuna estoy aqui para defenderla, y para mirar por ella...

APP. Ya sabe usted que todos los dementes tienen algunos ratos en que suelen dar muy buenos chascos, y tal vez, pronto Maria Juana....

MED. (*examinando á María Juana.*) No, pronto Maria Juana, como lo espero, saldrá á la calle...

TODOS. A la calle!

MED. (*á Appiani.*) Deberes imperiosos me llaman á otra parte...

APP. Tambien yo me retiro... (*dándole la mano.*) (*ap.*) Es preciso trabajar con viveza ó me pierdo. (*vase Appiani por el fondo.*)

BEL. (*en voz baja.*) Maria! Le has dicho que ha muerto.

MARIA. (*en voz baja.*) Asi convenia para lograr mi salida, y lo primero es huir de aqui. (*al médico.*) Le estoy muy agradecida; si, usted ha adivinado lo que desgarró el alma de esta pobre madre, la trama infernal de ese hombre.

MED. La he comprendido.

BEL. Y ahora me la llevaré no la parece á usted?...

MED. Hoy todavía no puede ser... El enemigo es poderoso, y tiene fijada la vista sobre sus victimas, y sobre mí, de quien pudiera vengarse.. (*á María.*) Tenga usted paciencia, y...

MARIA. Bien, la tendré!

BEL. (*pensativo.*) Eso de abandonar á mi pobre María.

MARIA. (*alentada.*) Trabaja mientras... para ahorrar, y no pienses en mi... Piensa en el que trata de perdernos.

MED. (*á Beltran.*) Y antes de tres dias, yo le devolveré á usted su muger.

BEL. (*á María.*) Antes de tres dias, yo te devolveré nuestro hijo... A Dios. (*la abraza.*)

MARIA. (*enternecida.*) Vivo ó muerto quiero abrazarlo otra vez... (*se separan: el médico la conduce por la derecha, y Beltran se retira por el fondo.*)

Cae el telon.

CUADRO QUINTO.

Casa de campo en las cercanías de Sevilla. Sala bien adornada con cinco puertas: una en el fondo, y dos en cada costado. A la derecha una mesa de escritorio con los útiles necesarios: un sillón de brazos junto á la mesa, otro á la izquierda, y sillas.

ESCENA I.

APPIANI, DOMINGO y SOFIA

(Al levantarse el telon, Sofia escribe una carta sobre la mesa; Appiani se ocupa en leer un periódico, y Domingo de pié junto á Appiani demuestra estarle hablando.)

SOF. (*levantando la vista.*) Estás ya ahí, Domingo?
DOM. Esperando las órdenes de usted, señora condesa...

SOF. Pues toma, (*acercándose el criado.*) lleva esta carta á Sevilla, (*se la da y saca otra de la faldriquera, ap.*) Esta otra échala tú mismo, tú mismo, por el buzón.

DOM. Está bien.

(Mientras continua Sofia ojeando los papeles de la mesa, Appiani hace seña á Domingo para que se le acerque y enseñe las cartas; en tanto que este último le pregunta de igual manera si ejecuta ó no los mandatos de aquella.)

APP. (*devolviéndole la primera, despues de leído el sobre, en voz baja.*) Esta sí: (*guardándose la otra.*) Esta otra no. Dime ¿nadie se ha presentado todavia allá? ¿No ha ido nadie á buscarla?

DOM. (*en voz baja.*) No señor, nadie...

APP. Está bien; que se responda siempre que la señora condesa ha salido de Sevilla para un viaje largo.

DOM. Así lo haremos.

APP. Y si por casualidad alguno preguntase en esta quinta, advierte ahora al salir, digan que la señora no recibe.

DOM. (*acercándose á la mesa.*) Todo quedará prevenido. (*á Sofia.*) ¿No tiene usted mas órdenes que darme?

SOF. (*alzando la vista.*) No; vete ya, Domingo. (*vase este por el fondo.*)

ESCENA II.

APPIANI y SOFIA.

APP. (*levantándose y marchando hácia Sofia.*) Mucho me temo que se fatigue usted la cabeza con esos papeles, ahora que la tiene tan débil... Además, está usted pálida... ¿Por qué no es franca conmigo?... ¿qué tiene usted?

SOF. (*levantándose muy triste.*) Nada! será efecto de haber pasado la noche sin dormir...

APP. (*tomándola la mano.*) La mano está muy ardiente... (*observándola con detencion.*) Vamós, dígame usted...

SOF. (*retirando la mano vivamente.*) No es nada: los médicos se alarman con cualquier cosa. (*como esforzándose.*) ¿Tengo yo acaso motivos para estar triste? ¿No me ha salvado usted mi hijo? Ay! he padecido tanto, que mi espíritu no puede creer en la realidad de una vida mas dichosa... y los sueños del porvenir no son tan bellos como en otros dias... Por eso, la proximidad de un momento solemne, despierta en mi alma un vago presentimiento...

APP. Acaso dudaria usted de mi amor? De mi reconocimiento?

SOF. Ah! no: conozco que le soy deudora de mi vida, y á pesar de que recuerdo cuantas lágrimas me costó mi primer matrimonio!..

APP. Pero ya no derramará usted ningunas: queden para mí desde hoy los cuidados y los sinsabores: y para evitar á usted hasta el mas pequeño sacrificio, para que mi felicidad y mi gloria sean cumplidas, he querido que nuestro enlace se efectue sin estrépito y boato. Aquí, en el campo, á la vista de frondosas alamedas, no tendremos por testigos mas que algunos parientes de usted, cuyos nombres conservo en esta cartera. (*la saca y se los da á leer.*)

SOF. (*repasándolos velozmente, ap.*) Cielos! no está el suyo! (*alto.*) Muy bien, Appiani; le doy á usted gracias por el trabajo que se ha tomado, y... por su acierto en elejirlos... (*reprimiéndosullanto.*) Con efecto, nadie podrá causarnos molestia ni incomodidad... Ninguno de esos convidados podrá escitar recuerdos desagradables... (*le devuelve la cartera, y muda de tono.*) Mas la hora se acerca, y... me olvido de mi tocador. Espero me avisará oportunamente cuando llegue el notario y los testigos. (*Appiani la toma la mano, y la acompaña hasta la puerta de su habitacion, á la izquierda de la escena.*)

ESCENA III.

APP. (*volviéndose á la escena.*) A las mil maravillas! Dos horas mas, y todo lo habré conseguido. (*se sienta en la derecha.*) Al fin, Appiani, ha llegado el dia que tanto deseabas; dia ansiado y temido á un tiempo!.. Ya estoy en visperas de que se me cumpla el ensueño constante de mi alma! oh! Mientras mas obstáculos vencía, mayor número de enemigos he tenido siempre á mi encuentro... Maria Juana continua retenida, y mi rival, ese orgulloso pretendiente, ignora en qué punto nos hallamos... La astucia es la que sirve en el mundo! Hablando al corazón de Sofia, preguntándola por su salud, y fingiendo la salvacion de su hijo, sacarla con maña de la ciudad, y traerla á esta casa de campo, donde sus órdenes son anuladas por las mias; y sin que lo sospeche, su voluntad está sujeta á la mia... Felizmente pronto conseguiré llevármela de aquí para ponerme á salvo de toda acusacion y del brazo de la justicia. (*se levanta y pasea por la izquierda.*) Entonces estaré satisfecho... habiendo logrado elevarme sobre ciertos hombres, que erguidos con su

alcurnia me despreciaron por humilde. Si, dentro de poco Sofia estará bajo mi dominio Sofia... condesa de Casa-Blanca... adquiriendo con ella consideraciones y riquezas.

ESCENA IV.

APPIANI y DOMINGO.

DOM. (*entrando de priesa.*) Un notario ha entrado al tiempo que yo en la quinta, y se dirige á la habitacion de la señora condesa, por quien preguntaba. Me pareció prevenirselo á usted.

APP. Vendrá á llenar las formalidades de costumbre: voy allá. (*se dirige hácia el cuarto de Sofia.*)

DOM. Espere usted, señor: tengo otra cosa que decirle.

APP. (*retrocediendo.*) Vamos, acaba.

DOM. Apenas habia echado la carta en el correo, advertí que una jóven seguia todos mis pasos...

APP. (*sorprendido.*) Una muger!..

DOM. Si, lo que le digo á usted; entonces me propuse escapar de su persecucion, dando vueltas y revueltas por las calles, pero... ¡qué! volvia cara atrás, y siempre la encontraba á igual distancia de mí... En fin, he llegado á la quinta, mas no sin haberla reconocido... ¿Sabe usted quién era esa muger?

APP. Dilo...

DOM. Era... la loca!..

APP. Maria Juana?

DOM. La misma, no tengo la menor duda.

APP. (*paseándose, ap.*) Dios mio! Ya está en libertad! Libre y dueña de mi mayor secreto!.. Pero, ¿quién habrá guiado sus pasos, hasta encontrarse con este hombre? ¿Y quién la separará de esta casa de campo? Estoy en un trance crítico! (*alto.*) Dime, Domingo, estaba sola esa muger?

DOM. A nadie vi á su lado.

APP. (*ap.*) Oh! no importa; el médico declararia que no estaba demente... No hay tiempo que perder... ¿Por qué medios inutilizar sus declaraciones? ¿Cómo acallar su acusacion? Si llegase á hablar con Sofia... Era asunto perdido... porque sembrando en su corazon la duda, la sospecha, mi plan fracasa sin remedio...

DOM. (*ap.*) Que agitado está!

APP. Escucha, ¿podria yo contar con tu fidelidad para una empresa arriesgada?

DOM. Sabe usted que puede disponer de mi vida.

APP. Lo sé; pues bien, ó tienes hoy mucho oro en tu bolsillo, ó peligras si me haces traicion.

DOM. Pues elijo desde ahora lo primero; ¿qué tiene usted que mandarme?

APP. Vas á marchar á la puerta de la quinta, é impedirás á todo trance... que la muger que te ha seguido, entre en ella, ni se acerque, y menos que hable con la señora.

DOM. Si no es mas que eso, descuide usted.

APP. (*ap.*) El notario estará esperándome... (*alto.*) Domingo, acuérdate de mis promesas.

DOM. Le repito que puede tranquilizarse. (*Appiani se dirige al cuarto de Sofia, y Domingo se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

MARIA JUANA.

En el instante que salen de la escena, se observará que la puerta de la derecha, en primer término, se abre con lentitud, y al fin se presentará Maria Juana.)

MARIA. (*á media voz.*) No hay nadie!.. avancemos... (*pónese á escuchar en la puerta del fondo.*) Nada... Ya estoy donde deseaba... Beltran me dijo al despedirse: Antes de tres dias recobraré nuestro hijo, y yo no les he oido hablar á ellos de Beltran... ¿Qué haria ahora ya que he entrado antes de estar colocado el centinela? Oh! nunca mejor ocasion de llevármelo... Mas ¿dónde lo tendrán? (*vuelve á mirar á su alrededor,*) veamos por este lado. (*intenta abrir la puerta de la derecha en segundo término, y al fin entra pero saliendo en breve.*) Aquí no está... (*pasa á la de la izquierda.*) Cerrada! (*dirigese á la primera del mismo lado.*) Si estuviese aquí! Pero las fuerzas me faltan del cansancio, y apenas puedo sostenerme... (*se sienta en un sillón de brazos.*) ¿Y si estuviesen en él? Ah! si vieran como late mi corazon, ciertamente nó se atrevieran á negar que soy su verdadera madre!.. Tengamos valor!.. (*levántase y entra en la habitacion de la izquierda; á poco llega Appiani por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

APPIANI, y despues MARIA JUANA.

APP. (*con alegría.*) Hemos dado el primer paso en breve estaremos casados, y mañana de viaje á lejanas tierras... Pero, ¿y esa muger? ¿Qué hago con esa Maria Juana, ese demonio que ha logrado seguir la pista de Domingo, y estará... Oh! ¡Desgraciada de ella si se atreviese á perseguirme hasta aquí! ¡Desgraciada, si intentase anular mis proyectos, destruir lo que con tantos sinsabores me he proporcionado! (*se siente caer una silla en la habitacion donde entró Maria.*) ¿Qué ruido? (*corre hácia la puerta.*) ¿Quién está aquí dentro? (*abre del todo la puerta, y mira.*) Ella!.. Maria Juana!..

(Momento de silencio. Appiani mira luego á su alrededor, echa el cerrojo á la puerta del fondo, y la llave al cuarto de que salió Maria Juana, volviéndose al medio del escenario.)

APP. (*marchando hácia ella.*) Desgraciada! qué hace usted en este sitio? ¿Qué ha intentado hacer aquí?

MARIA. (*con ira.*) No merece usted respuesta... lo desprecio.

APP. Respóndame usted al punto: ¿qué es lo que quiere? ¿Qué es lo que pretende ahora?

MARIA. No me lo pregunte usted... No me mire... no se acerque usted mas á mí... que me inspira horror...

APP. Pues bien, salga usted de esta casa, Maria Juana...

MARIA. Pero antes le diré...

APP. La pregunto, ¿qué hace usted en esta casa? Pregunto, ¿quién la ha dejado entrar en ella?

MARIA. No hago nada: he venido sola, y nadie me ha visto entrar. Ya he contestado...

APP. Pero, ¿qué quiere usted? Acabemos.

MARIA. Volver á abrazar á mi hijo!..
 APP. Y nada mas?
 MARIA. (con ironia.) Nada mas.
 APP. Entonces, ya puede marcharse.
 MARIA. Marcharme?
 APP. Al instante, al instante.
 MARIA. Marcharme? Qué palabra ha dicho usted? Si tiene que devolverme á mi hijo!..
 APP. (sonriéndose.) Devolverlo! ja! ja! usted delira...
 MARIA. Para qué engañar á usted? No vine con el objeto de abrazar á mi hijo... vine á llevarmelo...
 APP. Qué ilusion!
 MARIA. Si, yo no temo á usted ahora.
 APP. Calle, calle, infeliz! No sabe usted que se halla en poder de otro? No sabe que no es suyo?
 MARIA. (con interés.) Qué no es mio?
 APP. (en voz baja y mirando á su alrededor.) Si, porque ha confesado usted que no era su madre?
 MARIA. Ah! Qué buena memoria!
 APP. (apretándole las manos.) Ha dicho que no era su madre! y no es justo que se le devuelva.
 MARIA. (soltándose con brio.) Suélteme usted, miserable!
 APP. Maria Juana: escucheme usted con calma, y estoy seguro que aceptará la proposicion que voy á hacerla.
 MARIA. Jamás!
 APP. Usted es pobre, y podemos darla dinero.
 MARIA. Soy pobre, es verdad; pero no vendo por el oro de los poderosos la joya que me han arrancado... Venderla! Jamás: prefiero con él la miseria.
 APP. (á media voz y avanzando hácia ella.) Ciega de frenesí, no entiende lo que la digo... Y se atreve á desafiarme sin temblar...
 MARIA. (interrumpiéndole.) Conozca usted que tranquila tendré mi conciencia.
 APP. Tranquila! Habiendo violado el asilo de una familia ilustre... habiendo entrado furtivamente... y aun se atreve á proclamar en voz alta que desea perderme?... No le acobarda á usted su posicion misma?
 MARIA. (temerosa.) Dios mio!
 APP. Porque se halla en mi poder... en una casa que desde hoy es la mia... las puertas están cerradas... Tengo criados que me obedecen... y... al cabo me obedecerá usted tambien...
 MARIA. Eso, nunca! se lo repito.
 APP. (avanzando con amenaza.) Tema usted entonces mi cólera! Nadie la ha visto entrar aqui, segun me ha dicho, y si rechazase mi proposicion, la juro que nadie habrá de verla salir...
 MARIA. (retrocediendo y buscando huida.) Asesinar-me!! infame! No se atreverá usted á asesinar-me...
 APP. Calle! calle!
 MARIA. (viendo todas las puertas cerradas, corre á la derecha de la escena.) No... yo llamaré en mi auxilio á la condesa... (golpeando con las manos en una puerta.) Condesa, condesa, socorro! socorro! (á voces.)
 APP. (apoderándose de sus manos.) Los gritos son

inútiles...

MARIA. (con gran brio.) Yo descubriré todas las maldades de usted, y diré ahora...
 APP. (avanza hácia ella, y comienza por taparle la boca con su pañuelo, á lo cual se resiste.)
 MARIA. (gritando.) Socorro! socorro! (escúchase tropel de gente.)

ESCENA VII.

Los mismos, BELTRAN, EDUARDO y despues SOFIA, y JUAN PEREZ.
 (forzada la puerta por el exterior, salta el cerrojo de la del fondo.)

BEL. y EDU. (entrando á un tiempo.) Miserable! (Beltran acude á librar á su muger de las manos de Appiani.)
 APP. (sorprendido.) Gran Dios!
 MARIA. Sálvame! Sálvame de este hombre! (arrójase en brazos de Beltran.)
 EDU. La salvaremos á usted; salvaremos á su hijo! (señalando á Appiani.) Y ese impostor será arrojado de la casa.
 APP. (colócase á la derecha y esclama con risa sardónica.) Yo?
 EDU. Si, usted y declararé...
 APP. Qué!
 EDU. Que es usted un hombre despreciable! Diré tambien que no se llama Appiani sino Luidji Mariani... á quien encontré en Ferrara mendigando un asilo bajo el pretesto de proscripcion politica, cuando una sentencia lo condenaba por falsario público...
 APP. (enfurecido.) Miente quien tal diga!
 EDU. (con calma.) Le tengo á usted lástima! Mire usted si miento; aqui está una copia de la sentencia... (le presenta un papel, y al verlo Appiani palidece.) Dígame usted si no puedo perderle...
 BEL. Ya han declarado lo que ha sido usted en su pais, presentándole un papel que le ha hecho temblar... pero ahora tengo yo que decir á mi modo lo que usted ha hecho... en España... Para casarse con una señora muy rica... y para engañar á una madre... robó usted á otra mas infeliz su hijo...
 APP. Es falso!
 MARIA. (irritada.) Y tiene usted valor para asegurar que es falso?
 EDU. Si, se lo quitó á usted para cambiarlo por el que no supo arrancar de la muerte.
 APP. Y quién se atreverá á probarlo?
 BEL. (en medio de la escena.) Con que quiere usted pruebas? Serianecesario hablar mucho y...
 APP. Eso no es decir nada.
 BEL. (desdoblando un papel.) Prometió usted seis mil reales á mi amigo Juan Perez para que se prestase á una accion perversa, y le ha dado usted dos mil á cuenta... Al punto que llegó á mis oidos el ajuste, corrí á casa de la Condesa de Casa-Blanca, y supe el pueblo en que cuidaba al otro niño. Distaba solo doce leguas, y soy eficaz en mis cosas. Emprendo la marcha, llego, y descubro todo el misterio, segun conocerá usted por los pormenores... (le presenta á Appiani el papel.) Vea usted otra prueba mas formal; tome usted... es la partida de defuncion del párbulo Enrique,

hijo de la Condesa de Casa-Blanca...

SOF. (que entrará en aquel instante.) Ah! qué ha dicho usted, Beltran? De mi hijo!.. de mi hijo! (coje el papel de manos de Beltran y lo mira.) Ah! (cae desmayada en brazos de Eduardo y Maria Juana que la sientan á la izquierda.)

EDU. Sofia! querida Sofia!

APP. (inmóvil, ap.) Todo lo he perdido! Huyamos... (va á salir por la puerta del fondo y se lo estorba Beltran.)

BEL. Es que no le dejo salir á usted.

APP. (turbado, ap.) Dios mio! qué!haré? (diríjese á la puerta por donde salió Maria Juana y de repente se abre aquella, y aparece Juan Perez.)

PER. Felices dias...

BEL. (ap.) Ya está este pájaro en danza.

PER. Señor Appiani... vengo por los seis mil...

APP. (abatido.) Dejame en paz...

PER. (mirando á la reunion.) Ah! ya no hay case-rio? Juan Perez, aunque pobre, es muy compasivo... Estamos en paz, señor Appiani!.. compre usted con ese dinero un organillo, y buen viage...

APP. (viéndose libre.) Me salvé!

BEL. (corriendo trás él, á Perez.) Pero como?..

PER. Afuera le esperan.

SOF. (volviendo del desmayo.) Maria Juana, compadézcame usted.

MARIA. Dias hace que ofrecí dar mi vida en su obsequio... pero la de mi hijo, es imposible...

SOF. (llorosa.) El mio... muerto! (á Maria Juana.)

na.) Se lo devolveré... le he cobrado tanto cariño!

MARIA. Lo educaremos juntas... y juntas confundiremos nuestras lágrimas de madre.

EDU. Valor, amiga mia; aun le queda á usted el porvenir. (á Sofia, estrechándola la mano.)

SOF. Eduardo!..

PER. Maria Juana, espero que en lo sucesivo me mirará usted con menos aversion, y que me perdonará los disgustos que mi mala cabeza haya podido proporcionarle. Desde hoy vida nueva; mi taller, y no mas borrascas; quiero ser hombre de bien.

BEL. Dame esos cinco; si lo cumples, seré tu amigo. (abrazando á su esposa.) En adelante no deseo mas distraccion que mi familia y mi trabajo. Y feliz yo, si con mi arrepentimiento, logro hacerte olvidar las consecuencias de un vicio.

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1847.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

PROPIEDADES DE QUE CONSTA
LA BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

El Page de Woodstock, en un acto.
La Barbera del Escorial, Id.
El derecho de primogenitura, Id.
¡Un buen marido! Id.
La vida por partida doble, Id.
Percances de la vida, Id.
El maestro de escuela, Id.
El Rey de los criados ó acertar por carambola, en dos actos.
La Hija de mi tío, Id.
César, ó el perro del castillo, Id.
Un pariente millonario, Id.
Los pupilos de la Guardia, Id.
La Modista alfez, Id.
Un Avaro, Id.
El Guarda-bosque, Id.
El Diabolo nocturno, Id.
Un día de libertad, en tres actos.
La Abadía de Penmarck, Id.
El vivo retrato, Id.
El Diabolo y la bruja, Id.
Casarse á oscuras, en tres actos.
Deshonor por gratitud, Id.
El novio de Buitrago, Id.
Jorge el Armador, en cuatro actos.
Fausto de Underwal, en 5 actos.
Los Prusianos en la Lorena ó la honra de una madre, Id.
Las intrigas de una corte, 5 actos.
La hija del bandido, 1 acto.
El guante y el abanico, 3 actos.
Clara Harlow, en 3.
El agiotage, ó el oficio de moda, en 5.
La Hermana del Carretero, Id.
La corona de Ferrara, Id.
En la falta vá el castigo, Id.
Un casamiento con la man izquierda, 2 actos.
Uno de tantos bribones, en 3.
Las huérfanas de Amberes, en 5.
Las Colegiales de Saint-Cyr, en 5.
Un padre para mi amigo, en 2.
La protegida sin saberlo, en 2.
Julian el carpintero, en 3.
El lazo verde, en 2.
El zapatero de Londres, en 3.
La muger eléctrica, en 1.
París el gitano, en 5.
Justicia de Dios, Id.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, Id.
El confidente de su muger, en 1.
El diablo en Madrid, 5.
La viuda de 15 años, 1.
Cuando quiere una muger.... 2.
La pupila y la péndola, 1.
Nuestra Sra. de los Abismos, ó el castillo de Villemeux, 5.
Los Templarios, ó la encomienda de Avión, en 3.

Mas vale tarde que nunca, en 1.
La cocinera casada, en 1.
Tom-Pous, ó el marido confiado, 1.
Dos contra uno, en 1.
El marido de la Reina, en 1.
La hija del Regente, en 5.
Reinar contra su gusto, en 3.
Los Mosqueteros, en 6 actos.
El castillo de S. Mauro, en 5 actos.
Con todos y con ninguno, en 1 acto.
Una broma pesada, en 2.
Los dos extremos, en 3 actos.
Fuerte-Espada el aventurero, en 5.
El Tarambana, en 3 actos.
Perder y ganar un trono, en 1.
El mercado de Londres, en 7 cuadros.
El pacto sangriento ó la venganza Corse, en 6 cuadros.
El hijo de mi muger, en 1 acto.
El castillo de los espectros, en 3.
Los Mosqueteros de la Reina, 3 acts.
Un caso de conciencia, en 3.
La noche de S. Bartolomé de 1572, 5.
Luchar contra el destino, en 3.
Inventor, bravo y barbero, en 1.
Un cuarto con dos camas, en 1.
La cura por la homeopatía, en 3.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, en 3.
Muerto civilmente, en 1.
El pilluelo de Londres, en 3.
El mudo por compromiso, ó las emociones, en 1.
Llegar á tiempo, en 5.
Los maridos en peligro, en 1.
Un bofetón... y soy dichoso!! en 1.
El Corregidor de Madrid, en 2.
Verter y Carlota, en 3.
El Médico negro, 7 cuadros.
La alquería de Bretaña, en 6 id.
Gustavo III ó la conjuración de Suecia, en 5.
Una muchachada, en 1.
La boda y el testamento, en 3.
No ha de tocarse á la reina, en 3.
La mano derecha y la mano izquierda, en 4.
El caballero de Griñon, en 2.
El nudo gordiano, en 5.
El Usurero, en 1.
Una cabeza de ministro!! en 1.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.
Juana Grey, 5.
Una cantante, 1.

TEATRO ANTIGUO.

El desprecio agradecido, en 5 actos.
A cada paso un acaso, ó el Caballero, en Id.
Los empeños de un acaso, en Id.
Yo por vos y vos por otro!! en 3.
ORIGINALES.
Perder el tiempo, en un acto.
Un error de ortografía, Id.
La joven y el zapatero, Id.
Una conspiración, Id.
Tanto por tanto ó la capa roja, Id.
Un casamiento por poderes, Id.
Estudios históricos, Id.
En la confianza está el peligro, en 2.
Se acabarán los enredos? en 2.
Juan de las Viñas, Id.
Mateo el Veterano, Id.
El médico de su honra, en 3 actos.
Valentina Valentona, en cuatro actos.
Los infantes de Carrion, en 3.
La Posada de Currillo, 1 acto.
A tal acción tal castigo, en 4 actos.
Dos y ninguno, en 1 acto.
La reina Sibila, 3 actos.
Los dos Fóscares, 5 actos.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
Juí que jembra!! en 1.
Un motin contra Esquilache, en 3.
La ilusión ministerial, en 3.
El honor de un castellano y deber de una muger, en 4.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, en 5.
La Calderona, en 5.
D. Juan Pacheco, en 5.
El Premio grande!! en 2.
Una actriz improvisada, 1 acto.
Cosas del día, Id.
El marinero, ó un matrimonio repentino Id.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, en 4.
Luchar contra el sino, en 3.
Azares de la privanza, en 4.
D. Ramiro, en 5.
El hermano del artista, en dos.
José Maria ó vida nueva, en 1.
El coronel y el tambor, en 3.
La feria de Ronda, en 1.
El último amor, en 3.
Hasta los muertos conspiran, Id.
Nó hay miel sin hiel, en 3.
A las máscaras en coche, en 3.
El Peregrino, en 4.
Amor y patria, en 5.
Una noche en Venecia, en 4.
Antes que todo el honor, 3.
De Cádiz al Puerto, en 1.
Es el Demonio!! en 1.
Amante y Caballero, en 4.
El médico de un monarca, idem.
Padilla ó la traición de Villalar, idem.
El andaluz en el baile, en 1.
Un tío como otro cualquiera, idem.
El cautivo de Lepanto, idem.
El tío y el sobrino, idem.